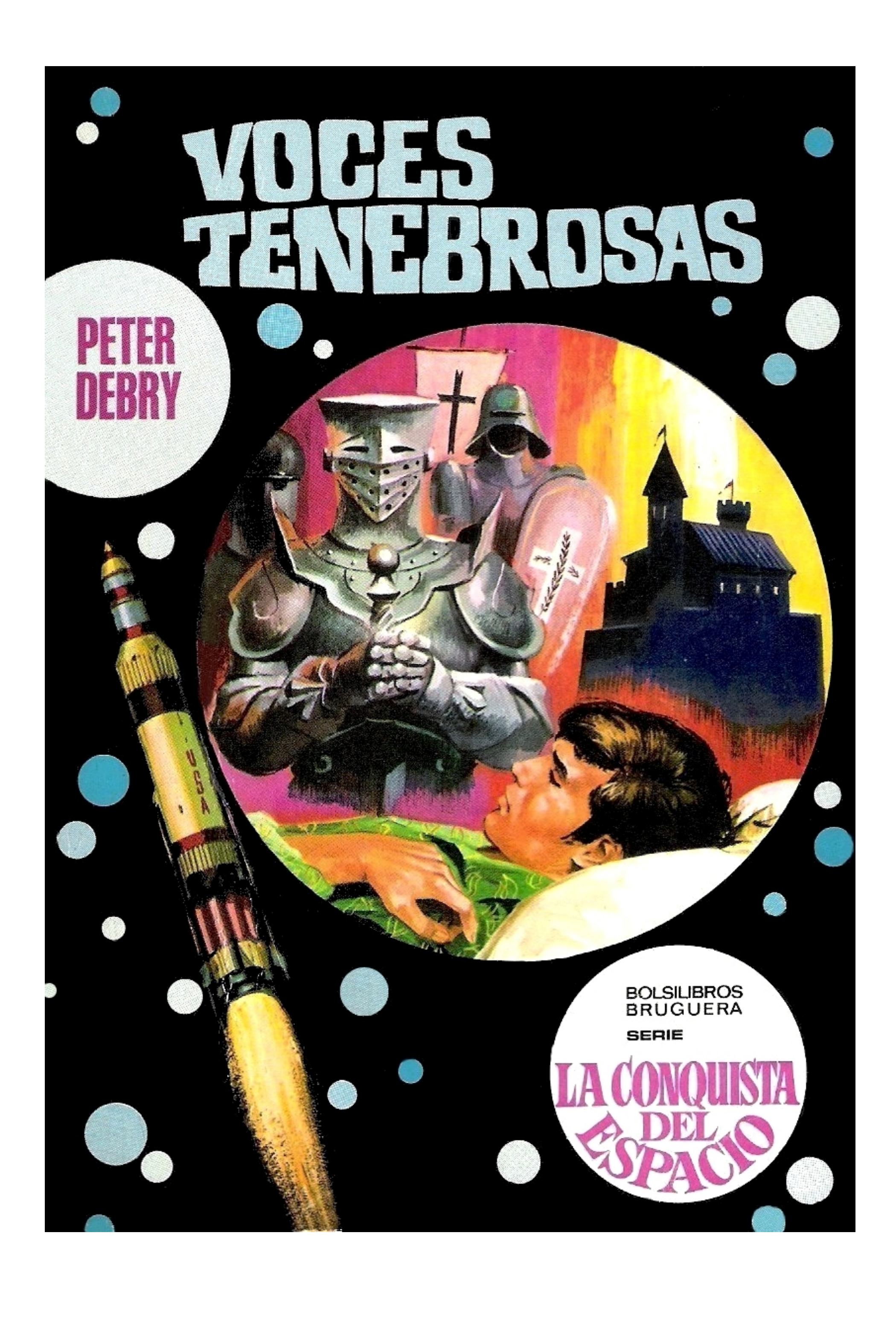
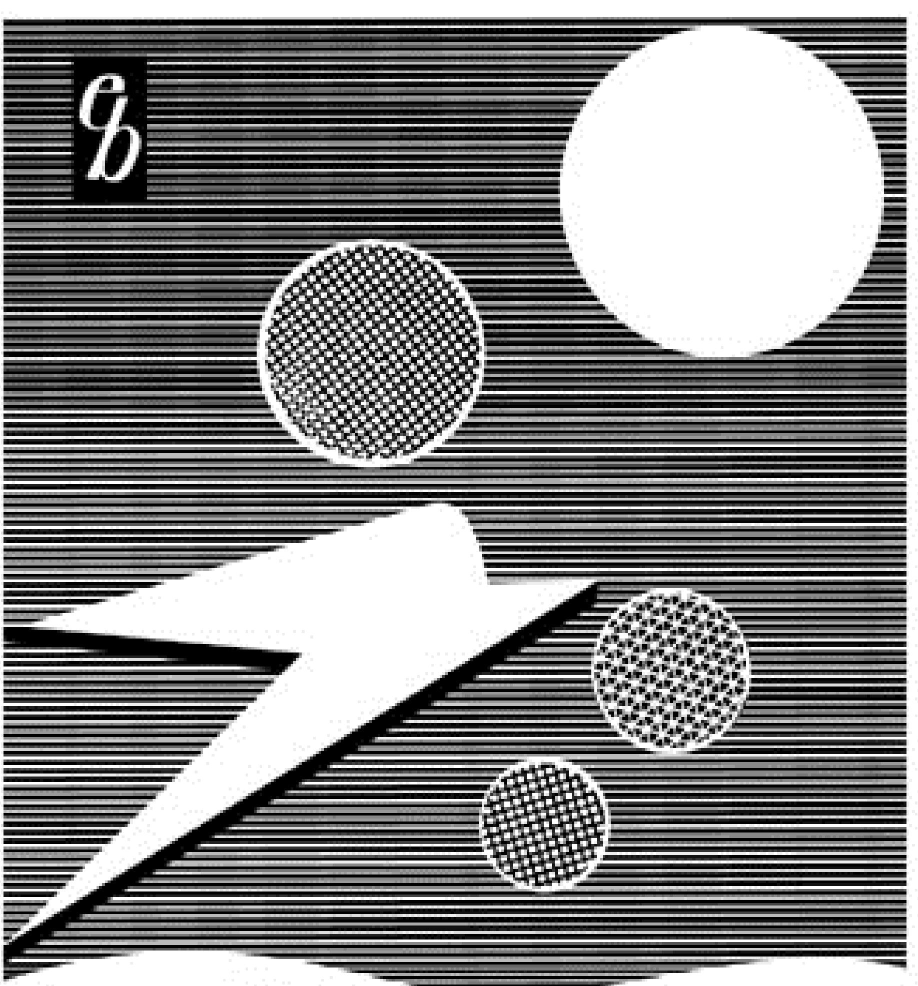


VOCES TENEBROSAS
PETER DEBRY
USA
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

31 — Juicio contra un planeta — *Glenn Parrish*
32 — Usted lleva mi cerebro — *Curtis Garland*
33 — ¡Todos seremos hipnotizados! — *Keith Luger*
34 — Jinetes satánicos — *Peter Debry*
35 — El elegido — *Marcus Sidéreo*

PETER DEBRY

VOCES TENEBROSAS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 36

Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito Legal B. 6.064 – 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: abril, 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1971

CAPÍTULO PRIMERO

Marc Ricart al desperezarse tropezó con el puño en la tela de su tienda de *camping*. Bostezando miró la hora. Las nueve y media.

Hacía ya tiempo que no se despertaba con aquella profunda sensación de descanso. Había acampado en aquel lugar por accidente y casualidad.

Una avería en su «DS» la víspera de aquel día de junio le obligó a montar su tienda en plena noche, en la ribera del Isarn.

Consultó su plano. Se hallaba a dos kilómetros del pueblo de Verclos, en el departamento francés de los Pirineos orientales.

Abrochándose el *short* fue a colgar la lona de entrada a uno de los tensores para que entrase la cálida luz solar.

Empezó a afeitarse con su maquinilla de pilas, silbando *Rosas de Irlanda.*

Terminado el ronroneo de la máquina, echó una toalla esponjosa sobre su hombro y se dispuso a salir para darse un baño en el río.

Se detuvo en el umbral, asombrado.

Oía acercarse una voz femenina tarareando también *Rosas de Irlanda.*

Saliendo, echó Ricart un vistazo por encima de su tienda.

Una joven euroasiática avanzaba canturreando, sueltos los largos cabellos negros en torno a los hombros desnudos y bronceados. Vestía un bermuda azul claro y el sujetador de un bikini color avellana,

matiz muy similar al de su carnación.

No demostró sorpresa al ver a Marc Ricart y continuó avanzando volteando indolentemente su saco playero. Dejó de canturrear *Rosas de Irlanda.*

Sin más formalismos, sonrió.

—Hola, vecino.

—Hola, vecina. Y ya que somos vecinos, de lo cual me alegro mucho, déjeme decirle que me llamo Marc Ricart.

—Carol Benson. Planté mi tienda tras aquel rimero de árboles, a unos cincuenta metros de aquí. No pudo usted verla anoche, cuando llegó.

—Lamento haberla despertado al instalar mi campamento.

—No dormía. Estaba leyendo —sonrió ella, arreglándose un mechón de cabello.

Hizo a continuación un gesto extraño.

Dejó unos instantes su mano derecha apoyada en su hombro izquierdo.

Frunció las cejas y Ricart creyó adivinar en ella cierta sorpresa.

La joven euroasiática había alzado el rostro. Su mirada se posaba en el mástil de la tienda, con fijeza, como buscando algo.

—Celebro haberle conocido. Voy a darme un baño. Le deseo unas buenas vacaciones.

En inglés replicó Ricart:

—Gracias. Lo mismo para usted, dulce flor del país de las mañanas serenas.

A punto de alejarse, titubeó ella.

—¿Es adivino o nos hemos ya conocido en algún

otro lugar?

—Hasta hace cinco minutos nunca tuve ese placer. Digamos que jugué a cara y cruz sobre el siguiente razonamiento: Tiene acento americano y sus facciones son euroasiáticas. Había pues muchas probabilidades de que fuese oriunda de Formosa o de Corea, el país de las mañanas serenas, y aposté por Corea.

Pestañeó ella, y su sonrisa era ahora algo forzada.

—Mi padre era americano y mi madre surcoreana. Nací en Seúl. ¿Acaso es usted detective?

—¿Detective? No, no. Sencillamente, periodista.

—Curiosa coincidencia, ya que entonces somos colegas. Yo soy corresponsal de la sección informativa de radiodifusión de Seúl y acabo de efectuar una serie de entrevistas en París. Me he tomado ahora unos días de descanso, haciendo *camping*, antes de regresar... al país de las mañanas serenas. Bien, hasta pronto. Voy a darme un baño.

—Hasta pronto.

Siguió Ricart con los ojos la agradable silueta.

Con esfuerzo apartó la vista para fijarla perplejo en el mástil de entrada de su tienda. Masculló:

—¿Qué diantres parecía buscar en lo alto del palo? Un mástil de tienda no es sino... esto, un mástil de tienda. Y sin embargo ella parecía buscar algo, y reveló sorpresa. Hasta casi diría decepción. ¿Por qué?

Dirigiéndose hacia el río, se desvió para ir al rimero de árboles que le había señalado Carol Benson.

Vio la tienda, de color anaranjado.

Se detuvo, pensativo. En lo alto de la piqueta de entrada había una rosa, sujeta por un bramante.

Una espléndida rosa roja a la cual le faltaban pétalos, demostrando que no había sido recogida aquella misma mañana, sino la víspera o anteayer, ya que había perdido bastante de su lozanía.

A dos pasos, vio un «Honda» color guinda, y junto a la matrícula, la plaquita de un garaje parisiense especializado en el alquiler de coches sin chófer.

El periodista dirigió una mirada circular por los contornos, posándola con más detención en el castillo cuya masa arrogante dominaba el pueblo de Verclos.

Fue bajando hacia el río.

La calma de la campiña pirenaica inundada de sol, el olor vegetal que embalsamaba el aire, la ausencia de todo ruido, salvo el quedo susurro del río, todo contribuía a hacer agradable aquel breve período de vacaciones que Marc Ricart se había concedido.

En busca de un rincón propicio para bañarse, bordeaba Ricart el río, cuando no lejos del pequeño puente vio otra tienda de *camping*.

La lona de acceso estaba abierta y en el interior no había nadie. Iba a proseguir su camino cuando un detalle peculiar le llamó la atención.

Una flor amarilla de retama estaba sujeta por el largo tallo verde en lo alto del mástil.

En sí no era nada extraordinario aquel adorno floral, si no hubiera sido por la rosa que decoraba la tienda de Carol Benson.

Y que ella cantase también *Rosas de Irlanda.* Total, una coincidencia.

Con su manía de husmear las facetas misteriosas de las cosas, el jefe redactor de la revista *Cábalas, sectas y*

lo sobrenatural, se despistaba a veces al sacar conclusiones.

Se interpeló a sí mismo:

«¿Qué conclusiones, en definitiva? *¿Rosas de Irlanda?* Miles de personas conocen esta tonadilla y deben tararearla tan maquinalmente como yo mismo. Esto ocurre con todo *hit* popularizado por la radio y la televisión. Y más desde que la ha vuelto a poner de moda Jacques Brel.»

Meneó la cabeza, como queriendo negar la evidencia.

«Claro que además de canturrear el mismo rollo, Carol planta una rosa roja en su mástil. Lo mismo que el dueño de esta otra tienda plantifica retama. Ojo contigo, Marc, o derivarás hacia la obsesión maniática. Todo no es obligatoriamente raro en la vida. Y que una muchacha sienta preferencia por una rosa roja, y un desconocido por la retama, esto no demuestra nada de particular.»

Reflexionando, se había detenido al pie de una acacia enana. Cortó una ramita, y por un impulso súbito regresó a su tienda, para amarrar el tallo con las blancas flores en el mástil de entrada.

De vuelta al río encontró finalmente un remanso en cuyas rocas planas depositó su estuche de aseo, la toalla y el *short.*

Entrando en el agua, avanzó hacia el centro. Para ejercitarse, nadó contra corriente.

A través de las altas hierbas y los matorrales de la ribera, entrevió una silueta que reconoció.

Recién bañada, Carol Benson, trenzados los

cabellos en rodete, con el saco playero al hombro, volvía a su campamento.

Parecía buscar algo o alguien en la parte alta de la ladera.

Observándola, el periodista se dejó llevar blandamente por la corriente del río.

La joven acababa de detenerse en las proximidades de la tienda adornada con la flor de retama.

Muy sigilosamente, evitando todo chapoteo delator, Ricart fue a esconderse entre las hierbas acuáticas, al pie de la ribera.

Aquella euroasiática le intrigaba. Acababa ella de sentarse en una piedra y le volvía la espalda, para dar frente a la tienda.

De su saco playero, había extraído una pitillera y un encendedor.

Desde su escondite oyó claramente Ricart el chasquido de la piedra del encendedor.

Mentalmente se recriminó:

«Quedarías la mar de bien si esta chica te descubriese espiándola... A lo mejor espera al ocupante de la tienda, su novio o aspirante a serlo... Vaya planchazo más grotesco si te ven, agazapado como un chismoso...»

A unos doscientos metros, en la carretera de Verclos a Maurac, una tercera persona, provista de prismáticos, observaba aquel mismo paraje, oculta tras un matorral.

Marc Ricart vio llegar a un hombre muy rubio, con téjanos y polo.

Al ver a la joven sentada en la roca, el desconocido

tuvo un instante de vacilación. La saludó en silencio y fue a detenerse ante la entrada de su tienda.

Tirando su cigarrillo, Carol Benson se levantó acercándose al hombre de la tienda con el tallo de retama.

El rubio se llevó la mano derecha al nivel del hombro izquierdo.

Carol Benson imitó el ademán.

Los dos rieron intercambiando un apretón de manos.

Dijo él con acento marcadamente británico:

—Me llamo Lionel Saylor.

Con una sacudida de cabeza señaló la retama y añadió:

—Mi retama viene de Londres. ¿Y tú?

—Mi rosa viene de Seúl. Pero puedes continuar en francés. Nos conviene, ya que no practicamos este idioma todos los días.

—¿Has encontrado a otros hermanos o hermanas?

—Estuve a punto de cometer un error de contacto, Lionel.

—¿Cómo es posible? ¿Y las señales de identificación mutua? Hay más de una.

—Lo sé, pero me engañaron las apariencias, ya que este hombre, al igual que yo, cantaba *Rosas de Irlanda.*

En su escondite líquido, Marc Ricart, que no se perdía ni una sílaba de aquel extraño diálogo, agudizó aún más el oído.

—Aclaremos —instaba Lionel Saylor—. ¿Te descubriste?

—No, porque en el último momento comprobé que

su tienda no ostentaba ningún emblema. Tampoco se dio cuenta del signo complementario del saludo.

Llevó ella nuevamente la mano diestra a su hombro izquierdo y agregó:

—Pero este individuo es muy observador. Detectó mi origen coreano. Y creo que debió sospechar algo insólito en mi actitud, aunque lógicamente Marc Ricart no haya podido averiguar que pertenezco a...

—¿Has dicho Marc Ricart?

—Sí. ¿Le conoces?

—He oído hablar de él y he leído a menudo su revista *Cábalas, sectas y lo sobrenatural.* Es, en efecto, un tipo muy penetrante, y muy experto en simbolismos y esoterismo, como lo demuestran sus artículos.

Meneó la cabeza pensativo y concluyó:

—Sí, es un tipo penetrante y quizá... peligroso.

—¿Por qué?

—Aunque no tenga la menor idea de nuestras actividades, será preciso contactar nuestra antena en París.

—¿Para qué?

—Para saber si está fichado o si pertenece o algún grupo cuyas actividades sean incompatibles con las nuestras.

—Todavía tenemos tres días para hacer esta investigación. ¿Te ocupas de ello, Lionel?

—Sí.

—Por cierto, ¿cómo llegaste hasta aquí?

—Alquilé un coche. Lo tengo a la sombra, a unos cien metros de aquí. Me voy hasta el pueblo a

telefonear. ¿Dónde acampas, Carol?

—Ven conmigo y lo verás. Esta misma tarde iremos por separado a pasearnos por la naturaleza, con el fin de localizar a los demás que seguramente han debido instalar sus tiendas en las cercanías de Verclos.

CAPÍTULO II

Marc Ricart nadó hasta el remanso, calzó sus sandalias y a la vez que se dirigía hacia su tienda, se friccionaba con la toalla para secarse, antes de revestir su *short*.

El rumor de una conversación le hizo aminorar la zancada. Carol Benson y el inglés charlaban ante su propia tienda.

Ricart avanzó silbando *Rosas de Irlanda*.

Carol Benson y Lionel Saylor se volvieron. En sus miradas había inquietud, recelo.

—Otra vez hola, Carol. ¿Es uno de sus amigos? —y señalaba Ricart al británico.

—Acabamos de conocernos en el río. Lionel Saylor me ha propuesto acompañarme a Verclos. Tenemos que hacer provisiones. ¿Quiere que le traigamos algo?

—Gracias, pero por ahora estoy bien suministrado.

Y Marc Ricart colocó su diestra sobre el hombro izquierdo.

Ella y el inglés hicieron maquinalmente el mismo saludo.

Sonriente, afirmó Ricart lentamente:

—Mi acacia viene de París.

Sus dos oyentes sonrieron tranquilizados. Agregó Ricart:

—Me retrasé un poco en adornar mi tienda con la acacia, Carol. Esta es la razón por la que, antes, no juzgué indispensable contestar adecuadamente a tus contraseñas. Pero tú, amigo, ¿quién eres?

Había desaparecido la tensión y el inglés tendió la

diestra.

—Mi retama viene de Londres. Celebro conocerte, Marc.

—Ya somos tres. ¿Sabes si los otros han llegado?

—Avisté una tienda allá arriba. Su mástil lucía una hortensia, pero no he visto a nadie.

—Bien, vamos a separarnos, Lionel. Es inútil permanecer demasiado tiempo juntos. Todavía disponemos de tres días, antes del… día H —faroleó Ricart inspirándose en la conversación que antes oyó.

—Exacto —aprobó Saylor.

—Si es preciso, Carol se cuidará del enlace entre nosotros. Yo me ocupo de entrar en contacto con el de la hortensia. ¿De acuerdo?

Cuando vio partir el coche con Carol y Saylor, el periodista respiró aliviado.

Se felicitó:

«Muchacho, has estado soberbio. Pero ¿a qué clase de organización pertenecerá esta gente? ¿Y qué ha de suceder dentro de tres días? Seguramente una asamblea secreta internacional. Pero, ¿con qué finalidad?»

Decidió trabar contacto con el cuarto campista. El de la hortensia. Remontando el sendero no tardó en avistarle, en un claro, llano, cercado de brezales.

El hombre, sentado a lo yoga, leía un periódico en la entrada de su tienda, cuya cima del mástil ostentaba una hortensia.

Al acercarse, Ricart reconoció en el desconocido que se levantaba a un hindú. Muy morena la piel, pobladas las cejas y los ojos profundamente hundidos

en sus cuencas.

De unos treinta años, muy flaco, llevaba un tejano pintado con mariposas y una camisa de cuadros.

Ricart miró ostensiblemente la flor de hortensia y colocó su diestra sobre su hombro izquierdo.

El hindú abandonó al instante su fría expresión reservada y replicó al saludo:

—Bien venido, hermano. Me llamo Brent Chandiram y mi hortensia viene de Calcuta.

El hindú se expresaba en un francés bastante perfecto. Marc Ricart se presentó preguntándole si había ya encontrado otros hermanos acampando en la región en espera del día H, un eufemismo poco comprometedor para designar lo que él mismo era el primero en no tener la menor idea.

—Una hermana pasó, anoche. Escocesa. Su emblema es la flor de cardo. Es de Glasgow. Intercambiamos el saludo de identificación y algunas palabras banales. ¿La viste ya, hermano Marc?

—No. Yo solamente he trabado contacto con Carol Benson, la rosa de Seúl, y Lionel Saylor, la retama de Londres.

—En tal caso, encontrarás a la hermana Katleen Angus en la otra ladera de la carretera que conduce a Verclos, a unos dos kilómetros después del puente.

—¿Qué aspecto tiene?

—La reconocerás fácilmente. Es pelirroja, arrogante, un poco rolliza, alta, y aunque hermosa, no es joven. Debe ya tener sus treinta y cinco años.

—No eres muy galante, hermano Brent. Tenías que decir más o menos que se trata de una dama todavía

joven, de formas lozanas, y con preciosa cabellera de reflejos cobrizos.

El hindú sonrió.

—Vosotros, los franceses, siempre galantes… En efecto, Marc, has descrito perfectamente a la hermana Angus, que es indudablemente una mujer de gran inteligencia.

—Axioma. Para pertenecer a nuestro grupo, es preciso que sea una mujer inteligente, ¿no crees, Brent?

—Naturalmente. La Spes no es una sociedad de aficionados ni de gente insignificante, como te consta.

—Exacto —sonrió Ricart.

Hubiese deseado poder seguir indagando, pero consideró que podría suscitar sospechas, por lo cual agregó:

—Bien, en caso de necesitarme ya sabes dónde encontrarme. Hasta pronto, Brent.

Marc Ricart remprendió el camino hacia su campamento, muy intrigado. ¿La Spes? ¿Qué extraña organización internacional se disimulaba tras aquella apelación latina significando esperanza?

Una asociación así, con ramificaciones por los cuatro puntos cardinales, debía tener forzosamente sus ritos, sus ceremonias secretas, como lo atestiguaban el empleo de emblemas florales.

Ahora ya no podía retroceder.

Aun a riesgo de verse ante el propio y legítimo enviado de París, cuyo sitio había usurpado… con una ramita de acacia.

Al llegar a su campamento, pasó al volante de su

«DS» ya reparado, y tomó la dirección de Verclos, conduciendo a poca velocidad.

Buscaba a la escocesa descrita por Brent Chandiram.

A la distancia señalada por el hindú, vio una tienda en el bajante de la ladera. Detuvo el coche.

Sobre una gran toalla playera, Katleen Angus, en bikini de restallante color carmesí, tomaba un baño de sol.

El mástil de su tienda se adornaba con una flor de cardo, de aluminio, que destellaba en brillantes reflejos.

Antes de descender la pequeña ladera, bordeando la carretera, Ricart pudo darse cuenta que el hindú había sido algo injusto al describir a la escocesa.

Su melena era cobriza y no roja. No era gruesa, ya que sus formas, espléndidas, armonizaban perfectamente con su estatura de amazona.

Katleen Angus se había reclinado sobre un codo para observar al desconocido que acudía ostentando una sonrisa amistosa.

Se levantó ella quitándose las gafas negras solares. Sus magníficos ojos azules chispeaban de inteligencia penetrante, añadiendo mayor resalte a la pureza de sus facciones.

Detallaba con creciente sorpresa al recién llegado.

Y exclamó en francés apenas matizado de leve acento:

—¡El infierno me abrase si no eres Marc Ricart!

—Te salvas de las llamas. Y no habiendo tenido hasta ahora el placer de verte, debo deducir que eres

una fiel lectora de *Cábalas, sectas y lo sobrenatural.*

—Eso es. Tu rostro me resultaba familiar por las fotos que acompañan tus artículos y tus investigaciones. ¡Me alegra mucho saber que por fin eres de los nuestros! Siéntate y charlemos.

Al sentarse Ricart junto a ella, preguntó:

—¿Por qué dices «por fin»?

—¿No lo adivinas? Como lectora asidua de tu revista, pensé con frecuencia que eras un hombre de ideas muy similares a las nuestras. Algunos de tus artículos dejaban hasta percibir, para los iniciados, tu probable afiliación a la Spes.

—¿Cuál artículo, si lo recuerdas?

—Uno en el que mencionaban la posibilidad de la existencia de una supersociedad elaborando secretamente el reinado de la justicia... Pero, cambiando de tema, celebro que hayas venido, porque están sucediendo cosas muy raras desde que llegué hace cuarenta y ocho horas.

—¿Sí? ¿Y dónde pasan estas rarezas que dices?

—En el castillo de Verclos. Llegué anteayer por la noche, y después de levantar mi tienda y cenar con unos bocadillos, fui a pasearme por la carretera en dirección al pueblo. Admiraba la imponente masa del castillo que domina todas las casas de Verclos, cuando de pronto vi una especie de resplandor azulado que parecía nacer de la base del castillo... ¿Conoces aquellos lugares, Marc?

—No. Pero me propongo hacer una visita al castillo, discretamente.

—Te resultará difícil hacerlo discretamente, como

dices. Las caballerizas están situadas en la extremidad norte del pueblo. Y por aquella entrada no puede uno pasearse «por casualidad», a menos de ir directamente a la granja que está situada frente a las caballerizas. ¿Y con qué pretexto? ¿Ir a buscar agua de la fuente junto a las caballerizas? ¿Para qué subir tan arriba si hay otras fuentes en el mismo pueblo?

—Pero supongo que habrán turistas que se pasearán hasta el castillo, ¿no?

—Muchos son los que quisieran poder franquear los portalones, pero es una propiedad privada que no puede ser visitada…, por motivos muy razonables, como bien sabes.

—Claro, claro —aprobó Ricart para aparentar estar en el secreto.

—Nuestro hermano Denis Durfort no desea, como puedes comprenderlo perfectamente, ver su mansión invadida por badulaques o por falsos turistas demasiado curiosos, ¿comprendes?

—Naturalmente que sí. ¿Y bien? ¿Qué era aquel resplandor extraño al que aludiste, Katleen?

—Fue fugaz, como un relámpago, y me intriga mucho, porque no corresponde a nada normal… ni previsto por nosotros.

—Quizá un turista tomó una foto nocturna con *flash*.

—Me he expresado mal, Marc. No se trataba exactamente de un relámpago, sino de una especie de rayo de luz dirigido, un chispazo luminoso muy breve, y menos deslumbrador que un fogonazo de *flash*.

—Ya que no puedo hacerme el turista a la luz del

día, iré esta noche a efectuar un reconocimiento de los lugares en cuestión.

—Excelente idea, Marc. Te acompañaré.

—¿Lo crees prudente, Katleen?

Con expresión divertida, se irguió ella, manos en las caderas, en una postura que hacía resaltar sus formas recias y armoniosas.

—¿Acaso tengo aspecto de débil mujercita asustadiza? En Glasgow soy profesora de gimnasia y practico el yudo y el karate desde que tenía quince años.

—Se nota, y estás realmente arrogante, no lo dudo, pero…

—Si hay peligro en rondar de noche por las caballerizas, creo que sabré afrontarlo tan bien como tú mismo.

—Conforme. ¿Has notado algo más de extraño desde tu llegada?

—Alguien vino a merodear en torno a mi tienda, anoche. Sin encender mi lámpara, salté afuera, pero el intruso huyó perdiéndose por entre los matorrales. El haz de mi linterna me permitió distinguir la silueta de un hombre desapareciendo hacia el río. Cuando llegué a la ribera, resultaba ya imposible saber por dónde escapó.

—Sería sin duda un simple curioso. Una mujer sola, haciendo *camping*, atrae mirones y también maníacos.

Extraña, inquirió ella:

—¿No piensas en… la otra posibilidad?

—¿Cuál?

—Si bien nuestra orden no tiene actividades visibles ni existencia pública, no cabe la menor duda que tiene enemigos, y de importancia.

—Cierto, cierto —se apresuró Ricart a asentir—, pero sacas quizá una conclusión demasiado rápida al acusar a aquel vagabundo de ser uno de nuestros enemigos. ¿Cómo podrían éstos saber que unos representantes de la orden Spes han venido, por separado, a acampar cerca de Verclos en espera del famoso día H?

—Para los enterados en simbolismos y esoterismo, es bien sabido que numerosas agrupaciones o sociedades más o menos secretas y se reúnen especialmente, cada año, en la fecha de San Juan, fiesta de solsticio celebrada por la mayor parte de las sociedades iniciáticas.

—Ah, ya, claro...

—Naturalmente que queda aún por explicar cómo el enemigo pudo enterarse del sitio de la reunión extraordinaria del gran consejo de la orden Spes, que tendrá lugar precisamente en las caballerizas medievales del castillo de Verclos.

—En efecto, es algo que tendremos que aclarar...

—Bueno, dejemos por ahora estos problemas, Marc. Te invito a almorzar. Y esta noche, al ir al castillo, ya tendremos tiempo de volver a pensar en todas estas rarezas.

CAPÍTULO III

Después del excelente almuerzo preparado por Katleen, Ricart regresó a su campamento.

Bajo la lona, el calor era sofocante. Vestido solamente con *slip* de baño, se tendió, abriendo una novela.

Con una rapidez poco habitual en él, se amodorró y sin darse cuenta sumióse en hondo sueño, cayendo al suelo la novela.

De las profundidades de su subconsciente se elevaba poco a poco un extraño murmullo tejiendo imágenes- pensamientos, luego palabras, frases lentas y persuasivas...

Has realizado el viaje y has seguido nuestras instrucciones al pie de la letra. Has llegado ya a las cercanías de Verclos-sur-Isarn.

Aquí reside la clave... Aquí debes encontrarla para franquear las columnas del Templete. Pero el camino está sembrado de emboscadas y peligros.

Los demás te serán hostiles, ignorando que has actuado de acuerdo a tu conciencia siguiendo el camino que elegiste. Tu camino es el bueno, aunque se aparte en su arranque del otro, el de tus recientes conocidos.

Hemos querido que actúes como si fueras uno de ellos. La subida será dura. La remontarás arriesgando tu vida. Debes llegar. Es preciso que llegues. Si fracasas, ellos y tú estaréis largo tiempo separados de nosotros. La Era de la Luz se aproxima. Para ayudar a su llegada debes actuar con conocimiento de causa..., aunque cuanto sepas te

parezca escaso en proporción a lo que aún te queda por aprender en el camino tortuoso de la iniciación, de la lenta subida desde las tinieblas hacia la misma luz…

Hacia la luz, por los cuatro elementos indisolubles de toda iniciación. Por el agua benefactora que se opone al fuego, complementario de la tierra y del aire…

Marc Ricart volvió a abrir los ojos a raíz de estos últimos pensamientos, surgidos de su propio yo, de su sueño, y no de las frases lentas y persuasivas que poblaron su extraño letargo.

Vio entonces con sorpresa a Carol Benson inclinada sobre él, empuñando una toalla mojada, frotándole el rostro, el cuello y el torso, inundados en sudores.

Logró corresponder a la sonrisa de la bonita euro-asiática.

—Bienvenida bajo mi techo, flor del país del sereno amanecer.

—Si bromeas, entonces no estás tan enfermo como me temía.

—¿Enfermo?

—Al pasar cerca de aquí, para ir a darme un baño, te oí gemir. Como no contestabas a mis llamadas, me inquieté y entré en tu tienda. Te debatías en una atroz pesadilla y chorreabas sudor. Fui a humedecer esta toalla al río y empecé a secarte el sudor. Esto es todo.

—¿Una pesadilla? Curioso… No recuerdo haberla tenido y sin embargo dejan un recuerdo desagradable. No es mi caso.

—Puede que no fuera una pesadilla como las otras… A mí me ha pasado recientemente. Era un

sueño raro...

—¿Y cuando despertaste...?

—Sólo subsistía un recuerdo confuso, poblado de ideas... raras.

—¿Y qué te decía esa voz que poblaba tu subconsciente?

—No he mencionado... ninguna voz.

—Te consta que sí, Carol. Una voz misteriosa que, a través de tu subconsciente, disertaba sobre el lento ascenso desde las tinieblas hacia la luz y anunciaba el descubrimiento de un gran secreto..., muy cerca de aquí.

Ante la pausa, rogó ella anhelante:

—Sigue...

—Tengo el convencimiento de que has tenido la misma clase de sueño poblado de consignas procedentes de no sé dónde ni de quién. ¿Por qué no lo admites con la misma franqueza que yo lo confieso?

—De acuerdo. Hemos pasado por la misma experiencia. En efecto..., esa voz misteriosa me hablaba de un gran secreto oculto en Verclos, y de un camino repleto de emboscadas y peligros. La voz mencionaba también una hostilidad que se manifestaría entre nosotros, los miembros de la Spes, y un adepto desconocido, aunque las sendas seguidas por nosotros y por él sean paralelas.

—¿Cuándo oíste esa voz?

—Fue poco después de este sueño que he recibido la misión de venir a Francia para participar en la asamblea extraordinaria del gran consejo capitular de nuestra orden.

—Lo mismo me pasó a mí.

Al hacer esta afirmación, Ricart no añadió que él no había recibido ninguna consigna.

Únicamente la extraña impresión dejada por un sueño anterior le incitó, con el pretexto de unas vacaciones, a venir a acampar en la región.

Aquel primer sueño o tal vez mensaje, se le reprodujo durante siete noches consecutivas, hostigándole, intimándole a dirigirse a Verclos para descubrir un misterio extraordinario.

No sabía cuál, pero barruntaba que dicho secreto estaba directamente unido a la asamblea solsticial de la Spes.

* * *

La luna plateaba la campiña, recortando sobre el suelo las sombras fantasmales de los árboles y matorrales.

Marc Ricart hubiese preferido para su excursión nocturna menos luna y más nubes.

Llevando suspendido del hombro el macuto con su equipo fotográfico especial, dio un rodeo por el bosque- cilio para echar un vistazo a la tienda de la euroasiática.

A través de la lona brillaba la luz de una linterna. Carol debía leer esperando la llegada del sueño.

El periodista regresó a la carretera, y cerca de la tienda de la escocesa le sorprendió la ausencia de luz.

Llamó en voz baja:

—Katleen...

—Adelante, Marc.

En bikini, la escocesa estaba extendida sobre el colchón neumático, tendidos los brazos a lo largo del cuerpo.

—¿Te dormiste?

—No. Me relajaba. Es excelente antes de entrar en acción…, por si acaso la noche resultase agitada.

Vistió un jersey de lana y un *short* y, al ver la bolsa colgante del periodista, preguntó:

—¿Piensas hacer fotos?

—Siempre hay que estar preparado, aunque llevo también otros instrumentos útiles, por si los necesitásemos.

—¿Por ejemplo?

—Una linterna.

—Ya, ya… —sonrió ella insertando en su ancho cinto un cuchillo de caza.

—¿Para recoger lechugas silvestres? —ironizó Ricart.

—Es un instrumento útil, como los que dices llevar en tu morral.

Riendo silenciosamente, abandonaron la tienda para ir al pequeño sendero donde Katleen había estacionado su «Mini Morris».

El pueblo de Verclos dormía apaciblemente. Sus habitantes no podían en modo alguno sospechar la tenebrosa proximidad de poderosas fuerzas ocultas que pronto trastornarían muchas regiones.

En la carretera que conducía al castillo, maniobró Katleen para colocar el coche en dirección a la bajada.

Comentó al apearse:

—Una precaución que es elemental en todo

explorador.

Al ir subiendo por el altozano, Katleen agarró el brazo izquierdo de Ricart en gesto muy natural.

Pero, al cabo de unos instantes, sus dedos rozaron la axila masculina.

—Parece una funda sobaquera, con un petardo de grueso calibre tipo *gangster*.

—Con la sola diferencia que no soy un *gangster*. No me gusta dejar mi automática en la guantera del coche.

—Tu macuto parece pesar bastante, Marc.

—Pero es muy práctico. Hay un rollo de cuerda de nylon, la linterna que te dije y un montón de llaves muy adaptables a toda clase de cerraduras.

—Material indispensable para el *camping* —sonrió ella.

Se detuvo Ricart, reteniendo a su compañera por la muñeca.

Oían ambos un rumor cercano, como una tenue risa cristalina y amenazadora a la vez.

En torno, todo eran tinieblas.

Resonaba por ello más extrañamente impresionante aquel murmullo burlón, producido por algo o alguien invisible.

CAPÍTULO IV

Acostumbrados ya sus ojos a la oscuridad, fue avanzando cautelosamente Marc Ricart.

Vio lo que causaba aquel rumor que resultó impresionante en el nocturno silencio.

La fuente. El manantial emitía su gorgoteo monótono y cantarino.

Ninguna luz brillaba en la granja frente al castillo.

—¿Sabes si el dueño está en el castillo, Katleen?

—Denis Durfort vive en Marsella y solamente viene a Verclos los fines de semana.

—¿Puedes indicarme el sitio de donde partió el extraño fulgor luminoso?

—Me temo que no, Marc. Brotó allá hacia la izquierda, me parece... Antes de aquel rellano con los cuatro peldaños. El fenómeno se produjo hacia las once. Queda aún tiempo. ¿Dónde esperamos?

—En aquel tronco que sirve de banco, al lado de la granja y frente al castillo. Si hablamos bajo y no fumamos, pasaremos desapercibidos.

Fueron a sentarse en el tronco, ante la barraca de herramientas de la granja.

Unos cinco metros les separaban del rellano dando a una inmensa y alta fachada horadada de ventanucos sombríos.

Excepto el débil canturreo monótono de la fuente, el silencio era absoluto.

Sólo a veces, los lejanos ladridos de un perro o el chirrido de una cigarra turbaban la quietud nocturna.

Musitó Ricart:

—Es maravillosa la paz del campo…

Como para desmentir su comentario, una rara vibración se elevó suavemente con ritmo variante.

Murmuró Katleen:

—¿Será un coche, a lo lejos?

—No… Es otra cosa… Parece proceder de ahí, frente a nosotros…

Vieron entonces el débil resplandor brotando de un ventanuco situado a dos metros del suelo, a la izquierda del rellano.

Como atraídos se acercaron, fija la mirada en aquella rendija tras la cual palpitaba una luz azulada.

Balbució la escocesa:

—Tengo la impresión de que fue de ahí de donde salió anoche…

Retrocedieron instintivamente.

Con una extraordinaria rapidez, la luz anémica acá- baba de transformarse en un estrecho haz fulgurante que pasó por encima de ellos, arrojando una mancha lívida sobre la fachada, antes de apagarse por completo.

Katleen se asió con fuerza al brazo del periodista.

Inquieta, indagó:

—¿Tienes idea de lo que pueda ser?

—Ni pizca, pero sí me consta que nunca vi algo tan… anormal y fuera de lógica matemática. Una luz difusa que se concentra en un rayo de luz poderosa para…, y esto es lo incomprensible, para incurvarse y extenderse fugazmente sobre la fachada del castillo.

—En física teórica, parece imposible imprimir una curvatura semejante, en el aire, a ondas luminosas.

—Exacto, Katleen. Y, sin embargo, esto es lo que hemos visto.

—¿Y esta vibración, cuya intensidad variaba de modo irregular?

—Estaba probablemente relacionada con el rayo de luz. Pero no tengo la menor idea de lo que pueda significar todo esto.

—No será quedándonos aquí disertando sobre física como averiguaremos nada. ¿Y si probases con alguna de tus llaves milagrosas, Marc? Tal vez alguna sirva para darnos entrada al castillo.

—Casi seguro. Son ganzúas de primera.

—Espero que el dueño del castillo no tendrá la inoportuna idea de presentarse en plena noche.

—Podremos demostrarle que no somos rateros.

—Pero tendríamos que explicarle porqué nos metimos en su castillo con premeditación, nocturnidad y alevosía —rio ella nerviosamente.

Tras subir los cuatro escalones, Ricart extrajo el manojo de ganzúas evitando que tintineasen.

La escocesa dijo de pronto:

—Fíjate, Marc... ¡La puerta está abierta!

Empujó suavemente.

El grueso batiente de roble claveteado fue abriéndose chirriando sobre sus goznes.

Pulsando su linterna, Ricart iluminó el inicio de una escalera en espiral que a su derecha tenía una puerta y a su izquierda un pasadizo abovedado conduciendo a algunos peldaños de piedra desgastada por los siglos.

Katleen cerró rápidamente tras ellos para

enmascarar el resplandor de la linterna.

Descendieron por los escalones bajo la bóveda y se hallaron en una gran estancia de techo en ojiva, con un hogar monumental sobre cuyo reborde había un blasón.

Al otro extremo de aquella sala imponente vieron una puerta junto a otros escalones bajando hacia otra sala de menores dimensiones.

A uno y otro lado de la repisa de la chimenea, a dos metros del suelo de losas, se abrían las rendijas verticales de dos ventanas.

Murmuró Katleen:

—Fue en una de estas ventanas por donde asomó el fulgor.

Barriendo las paredes con el haz de su linterna, replicó Ricart:

—Sin embargo, esta sala no tiene nada que pueda producir ondas luminosas.

Detuvo el haz luminoso hacia la mitad de la pared, a su izquierda.

Se aproximó, intrigado.

Esculpido en la piedra, en talla de más de un metro, aparecía una extraña figura.

Como un caballo-dragón, de fauces llameantes y ojos coléricos, sobresalientes.

Comentó Katleen:

—Parece el dragón y a la vez el caballo de San Jorge, el británico.

—O será el blasón de familia del dueño del castillo.

Se dirigieron al fondo y bajaron los siete escalones hasta hallarse en una sala rectangular, de techo bajo,

similar a una cripta.

No había mobiliario alguno. En la pared del fondo, clavada en la piedra, había un aspa metálica, cuyas extremidades se dividían en horquillas de puntas redondeadas.

—Tampoco hay aquí nada de particular... —empezó a decir Katleen.

Ricart apagó repentinamente su linterna.

Susurró al oído de la escocesa:

—Guarda la linterna y no te muevas.

El débil crujido que Ricart había percibido, se reprodujo muy cercano.

Con suavidad, alguien intentaba abrir la portezuela que se encontraba a un lado del rellano alto de la escalera.

Ricart subió los siete peldaños, palpó a tientas las piedras del muro y tocó finalmente la madera de la portezuela.

Adosado al muro, escuchó.

Con crujidos casi imperceptibles, el batiente continuaba abriéndose. Y el jadeo entrecortado de una respiración contenida llegó a su oído.

El tercer intruso abandonaba su escondite y, en la oscuridad, se disponía a huir.

Ricart saltó para sujetar por el cuerpo al desconocido, que se debatió furiosamente, aunque en silencio.

El periodista estuvo por un instante sorprendido al no hallar presa sobre la ropa de su adversario, que debía llevar una malla ceñida como los acróbatas circenses.

De pronto, en el transcurso del silencioso forcejeo en las tinieblas, Ricart, asombrado, se dio cuenta que estaba luchando con una mujer.

La cual, aprovechando aquel segundo de sorpresa, aplicó una llave de judo que estuvo a punto de enviar a Ricart de cabeza sobre las losas. Pudo bloquear la llave, apresando a su adversaria en una doble Nelson que inmovilizó sus brazos.

Atraída por aquella lucha acompañada de resuellos, Katleen enfocó el haz de la linterna, iluminando el rostro contraído de Carol Benson.

La euroasiática pestañeó.

Ricart descruzó las manos, liberándola. La vio hacer una mueca, a la vez que se masajeaba el cuello.

Iba vestida con una tupida funda de malla negra mate de nylon opaco. La prenda, unida, adherida, moldeaba una anatomía fabulosamente atractiva, meditó Ricart.

Carol Benson miró alternativamente al periodista y a la escocesa.

Forzó una sonrisa burlona al comentar:

—Si esto es una party-sorpresa, falta un poco de coordinación, ¿no os parece?

Replicó Ricart:

—Es lógico… Cuando los participantes no han sido invitados ni unos ni otros, la cosa puede provocar incidentes. Pero, ¿qué haces tú aquí, disfrazada de rata de castillo, ya que esto no es un hotel?

—¿Y qué hacéis vosotros dos aquí? —preguntó ella como respuesta.

—Jugando a preguntar nos pasaremos la noche sin

aclarar nada, Carol. Juguemos mejor con las cartas boca arriba. ¿De acuerdo?

—Tanto más de acuerdo cuando la franqueza y la solidaridad son la norma en la Spes. Anoche observé una extraña luz en la fachada del castillo, desde mi tienda. Y esta noche, para que no se notase mi ausencia, dejé encendida la linterna de *camping* bajo la lona. Vine aquí porque sentía una gran curiosidad, y al oír pasos, me escondí tras la puerta aquella.

—Pues también obedece al mismo motivo nuestra presencia. ¿Has hecho algún descubrimiento interesante, Carol?

—Nada... Salvo que al esconderme allí dentro experimenté una sensación rarísima.

—Aclara —solicitó Katleen intrigada.

—Prefiero no deciros nada para no influir en vuestro ánimo. Comprobad por vosotros mismos y luego confrontaremos nuestras impresiones. Seguidme.

Entraron tras ella en una sala pequeña, de techo abovedado, horadado en su centro por una abertura rectangular.

Al igual que en la cripta contigua, los muros de piedra sillar estaban desnudos.

Pensativo, el periodista examinó aquel recinto poco común. Expuso:

—Esta sala debió servir de lugar de meditación para los caballeros templarios que se tenían que concentrar antes de pasar por la iniciación secreta que les hacía ascender al rango de elegidos. Este grado era concedido exclusivamente a los iniciados superiores, que poseían un nivel muy elevado de conocimientos

adquiridos en las enseñanzas secretas elaboradas por maese Roncelin de Fox.

—Ya leí un artículo tuyo sobre este tema —manifestó Katleen.

—¿Quieres apagar la linterna? —solicitó Carol—. Permaneced inmóviles, relajad los músculos, distended los nervios, haced el vacío en vuestras mentes…

Procedieron a efectuar aquella regla yoga.

Únicamente su respiración turbaba el silencio sepulcral que reinaba en aquel lugar.

Poco a poco, experimentaron una opresión indefinible.

Los muros, el techo, todo el pétreo conjunto parecía pesar sobre sus personas, ejerciendo una presión aplastante que aceleraba sus pulsaciones cardíacas.

Murmuró Carol:

—¿Notas algo, Marc?

—Sí, pero es difícil de precisar. Es como si estas piedras estuvieran «habitadas». Como si contuvieran una cantidad de energía o de imágenes confusas que se infiltran lentamente dentro de nosotros.

—Es lo mismo que he percibido yo —dijo Katleen conturbada.

—Enciende la linterna y pasemos a la cripta vecina.

Bajaron los peldaños, y añadió Carol:

—Mirad el aspa y apaga la linterna. Veréis entonces que el aspa es fosforescente.

Katleen apagó la linterna, y en las tinieblas apareció la fosforescencia del aspa.

—No os mováis. Mirad atentamente.

Al cabo de unos instantes experimentaron una sensación idéntica a la que habían sentido en la otra sala.

Pero en esta sala, todo se amplificaba. Sus latidos cardíacos y su respiración se aceleraban a un ritmo creciente.

A la vez empezaron a ver cómo el aspa se animaba con un lento movimiento de rotación.

Una rotación incompleta que producía una aureola azulada.

Un haz de luz, dirigido desde sus espaldas, proyectó súbitamente sus sombras sobre el muro de piedra, disipando instantáneamente el malestar hipnótico producido por el aspa misteriosa.

CAPÍTULO V

Los tres giraron de golpe, cegados por la luz de la linterna enfocada hacia ellos desde lo alto de la escalera.

—Gente indiscreta y curiosa. Y muy imprudente al dedicarse a esta clase de expedición sin la ayuda de un guía experto.

La voz que hablaba era masculina. Calmosa, grave.

—Salid de la cripta y permaneced en el centro de la sala de guardia, a dos metros de la chimenea —ordenó el desconocido, retrocediendo.

Ricart y las dos mujeres obedecieron.

El desconocido depositaba la linterna sobre un resalte de piedra. Y la sala quedó iluminada.

El que les había sorprendido era un cuarentón, delgado, muy moreno, de facciones enérgicas.

Revestía un batín sobre su pijama.

Y empuñaba negligentemente un revólver enorme, de modelo anticuado, pero que puesto a funcionar debía abrir una brecha espantosa, meditó Ricart alarmado.

El desconocido preguntaba con indolente ironía:

—¿Puedo saber a qué feliz azar debo el honor de vuestra visita? ¿O tal vez les invité y lo he olvidado?

Indagó Ricart:

—¿Usted es Denis Durfort?

—En efecto, lo soy. Pero temo no haber oído bien su nombre, señor.

El ambiente se distendió. Los intrusos fueron nombrándose efectuando a la vez la señal de

identificación.

Denis Durfort respondió finalmente al saludo-contraseña y, guardándose el revólver en el bolsillo de la bata, sonrió.

—Todo ha quedado aclarado, si bien vuestra visita nocturna me parece algo prematura. Faltan cuarenta y ocho horas en mi calendario para la fiesta de San Jun. ¿O acaso mi calendario tiene error de imprenta?

—Tu calendario es perfecto, Denis. Verás... Como no vimos iluminación en tu castillo desde hace dos noches consecutivas, creímos que aún no habías llegado. Fue para intentar conocer el origen de una misteriosa luz azul que decidimos arriesgamos a esta visita nocturna. Nuestras hermanas Benson y Angus me han acompañado, pero he sido yo sobre todo el que insistí para esta exploración indiscreta. Nada me entusiasma tanto como los hechos misteriosos e inexplicables.

—Lo sé, Marc. Te conozco por tus artículos y comprendo perfectamente que este resplandor enigmático haya podido atraerte hasta aquí. Sin embargo, este género de manifestación no es más que una de las facetas de los fenómenos de embrujamiento que alientan en este castillo desde hace bastantes años. Como tú, también soy un apasionado de los fenómenos misteriosos, pero hasta ahora no he podido hallarles ninguna explicación satisfactoria.

—¿Cuáles son las otras manifestaciones, Denis? —inquirió Carol.

—Más tarde lo aclararé, Carol. Hablemos ahora de vuestra propia experiencia en la sala de meditación y

en la cripta del aspa. Intervine, interrumpiendo el fenómeno, porque no estáis preparados para este tipo de prueba.

—Que amenazaba convertirse en insoportable —admitió Ricart.

—Estos muros antiguos se hallan impregnados de las innumerables fuentes de energía psíquica de aquellos que aquí, entre los siglos XII y XIV, fueron iniciados en los altos secretos de poderes especiales.

—Los templarios.

—Exactamente. Tenían una doble articulación. Una, visible, oficial, la de los caballistas, con el lema: «Leones para sus enemigos, corderos para sus amigos», y otra, ultrasecreta, que eran los que poseían secretos heredados del más remoto pasado.

—Pero la Orden fue casi totalmente exterminada.

—Casi... Unos adeptos supervivientes fueron transmitiéndose por generaciones sus secretos, y está cercana la fecha en que los afiliados templarios reaparecerán, ¿no es así, Marc?

—Hace, en efecto, varios años ya que son bastantes los investigadores que mencionan el resurgir templario, y algunos de ellos puede que sean «inspirados», «manipulados» psíquicamente, sin saberlo, para ir destilando gradualmente, a pequeñas dosis, esta verdad oculta. Es una posibilidad que siempre he admitido, y para mí más que una posibilidad es una certeza.

Denis Durfort aprobó complacido:

—No me cabía la menor duda de que así pensabas, Marc. De lo contrario, no serías miembro de la Spes.

Ha sido precisamente esta certidumbre la que nos hizo agruparnos para revivir la orden Templaría o por lo menos preparar las estructuras de su resurgir para cuando llegue el momento propicio.

Marc Ricart asintió, aunque íntimamente muy confuso. La Spes era entonces una sociedad seguidora de los extintos templarios. ¿Con una afiliación puramente afectiva o era realmente la heredera oculta de aquella orden medieval?

No podía preguntar sin suscitar sospechas. Pero por suerte, Denis Durfort, al tratarse de un tema para él vital, añadía:

—Ojalá que pronto podamos ver restaurado el poder templario a plena luz del día. Y esperemos que nuestras actividades, aunque secretas, sean finalmente conocidas por los legítimos herederos de la orden Templaría. Esta Orden en la cual aspiramos a unimos bajo el signo de la fraternidad universal, puesto que la Spes congrega adeptos de todos los horizontes, sin distinción de raza, color ni credo.

Intervino la escocesa:

—Aludiste a otras formas de encantamiento cuando te hablamos de la extraña luz azulada.

Durfort señaló el dragón-caballo que resaltaba en el muro.

—Colóquense los tres frente a la figura.

Fue a descolgar una espada suspendida a un lado de la monumental chimenea, y con la punta del acero trazó sobre el suelo un círculo en torno a los tres visitantes.

Tras ellos, aconsejó:

—Ahora concentraos y mirad fijamente la talla.

Al poco tiempo, gradualmente, les invadió una especie de letargo, mientras las líneas de la figura de piedra se prolongaban por el muro en finos surcos luminosos.

Lentamente aquellos surcos se estiraban, llegaban a la bóveda, tejiendo un inmenso abanico inmaterial que obligaba a los tres a alzar la cabeza poco a poco para seguir aquellas raras manifestaciones luminosas, reales o ilusorias, impresas en sus retinas.

Katleen Angus, echada atrás la cabeza, fijos los ojos en la bóveda, oscilaba lentamente, como sometida a un raro movimiento pendular hacia atrás y adelante.

A la vez brotaba una sorda vibración, como si fueran estremeciéndose los cimientos del castillo.

Con voz calmosa, persuasiva, murmuró Durfort:

—No temáis... Distended los músculos... Yo os protejo...

Bajo la influencia de la amplitud creciente de sus oscilaciones, la escocesa perdió el equilibrio, cayendo hacia atrás.

La recibió en sus brazos Durfort. Extendiéndola en el suelo, murmuró en su oído:

—Concentra tu mente en lo que ves.

Se incorporó para evitar la brusca caída de Carol Benton. La euroasiática acababa de entrar también en aquel estado de trance que no alteraba su noción de las cosas porque percibía semi-inconsciente todo lo que estaba ocurriendo.

Marc Ricart tardó varios minutos en perder el equilibrio.

Durfort lo tendió al lado de Carol y unió sus manos antes de ir a extenderse junto a Katleen.

Cogió en su zurda una mano de la escocesa, apretando con la diestra la empuñadura de la espada.

Luchando para dominar la extraña fuerza que le penetraba por todas las fibras, susurró:

—Me oís, estáis conscientes, pero un poder desconocido os paraliza. No temáis. Yo os protejo.

La intensidad de la vibración fue ascendiendo, aumentando hasta adquirir un ritmo inquietante.

Los cuatro cuerpos tendidos temblaban, no de miedo, sino porque las vibraciones se comunicaban al suelo y a los muros de la sala.

El ruido se hizo ensordecedor. Los cuerpos se estremecían, sometidos a un temblor a instantes doloroso.

Crispados los maxilares en esfuerzo de voluntad, tensos los músculos para resistir a aquella alucinante manifestación de lo desconocido, Denis Durfort logró alzar la espada.

Describió en el aire una serie de molinetes rápidos.

Las vibraciones se atenuaron.

Cesaron gradualmente cuando Denis Durfort, en pie, describió un último molinete con su espada por encima del cuerpo de los tres yacentes.

CAPÍTULO VI

Sudoroso, fue sacudiendo Ricart la cabeza, como para despejar fantasmales pesadillas.

Poco a poco, Katleen y Carol recobraban también la plena normalidad, aunque en sus ojos alentaba todavía una mezcla de angustia y de incomprensión.

Carol Benson, en pie, apoyándose en el hombro de Ricart, murmuró:

—Me siento tremendamente débil, sin energías. Durfort, que sostenía por el talle a Katleen, manifestó en tono apaciguador:

—Lo contrario sería sorprendente. Para esta noche, creo que basta. Dormiréis en el castillo. En el segundo piso hay media docena de habitaciones preparadas para huéspedes. Pero ante todo vamos a tomar un tónico, que buena falta nos hace.

Subieron por la escalera de caracol, penetrando en la inmensa sala que antaño fue de fiestas y banquetes.

Todo era medieval, desde la enorme mesa larga, los sillones de alto respaldo, los bargueños, hasta las panoplias murales con espadas, dagas y estiletes alternando con escudos y mazos de hierro.

Ricart y las dos mujeres se arrellanaron en amplios sillones, mientras su anfitrión acudía con una bandeja portando vasos y un frasco de *Dry Sack*.

Tras la emotiva experiencia, la bebida tonificante sabía mejor que nunca.

—Antes de que vayamos a dormir, es necesario que confrontemos nuestras sensaciones de esta sesión bastante penosa. ¿Quieres empezar tú misma, Katleen?

—De acuerdo, Denis. Primeramente, me di cuenta que perdía el equilibrio, sumida en vértigo por estas volutas luminosas que ondulaban y se adherían a la bóveda central. Cuando estaba tendida sobre las losas, las vibraciones se intensificaron a tal punto que mi cuerpo parecía vibrar...

—Vibraba realmente, Katleen —afirmó Ricart—. Sigue.

—En mi mente veía formarse poco a poco la imagen de una especie de prisma cuyo brillo aumentaba para convertirse en cegador, mientras que en torno a aquel prisma todo era tenebroso.

—¿Y luego?

—Eso es todo, Denis. Mis recuerdos se estabilizan en esta visión confusa.

—¿Y tú, Carol?

—Percibí lo mismo, con la diferencia de que en mi mente las tinieblas en torno al prisma eran las de una cripta, de un subterráneo. Esto lo supe intuitivamente. Percibí que en la base de este prisma, cuyas dimensiones no podría especificar, había una zona cuadrada central de sombras destacando en el brillo de éste. Poco después, perdí el conocimiento.

Marc Ricart explicó a su vez, frotándose maquinalmente el codo:

—Las mismas sensaciones, salvo que las vibraciones me han sacudido tan fuerte que choqué violentamente con el codo sobre las losas. En cuanto al misterioso prisma, distinguí muy bien en su base un rectángulo negro, algo así como un nicho o una puerta pequeña. Las tinieblas en torno también me evocaron

las de una cripta o un subterráneo.

Declaró Durfort:

—Según la tradición, la sala de armas de los templarios de Verclos fue construida sobre un abismo al cual se llega por un subterráneo, cuya entrada, muy secreta ya por entonces, y hablo de siglos, es hoy totalmente desconocida. Es posible que en nuestras percepciones extrasensoriales, la cripta designe por simbolismo este abismo y la base del prisma la entrada. Pero todo, por ahora, solamente pueden ser teorías.

El periodista, pensativo, comentó:

—Lo que a mí más me desconcierta, Denis, son estas vibraciones. Su intensidad era tanta que hasta los mismos muros vibraban. Y no me es posible achacarlo a una autosugestión, como tampoco lo es el moretón que luzco en el codo.

—¿Qué conclusión quieres sacar?

—Me niego a admitir que un fenómeno de encantamiento pueda afectar hasta tal extremo unos muros tan gruesos como los de tu castillo.

—De acuerdo. Pero, ¿y entonces…?

—Estimo que existe una causa física, material y no solamente alguna acción misteriosa procedente de lo que se llama «lo sobrenatural».

—¿Una causa física? ¿Qué entiendes por ello?

—Estas vibraciones han sido provocadas, deliberadamente, quizá para aumentar nuestro trance, para permitirnos alcanzar este nivel de captación que nos hizo percibir el enigmático prisma perforado en su base por una concavidad.

—Pero, ¿quién provocó las vibraciones? —preguntó Katleen.

—Quien o quienes, hace ya una decena de días, provocaron en nosotros extrañas visiones nocturnas que no eran ni sueño ni pesadilla, con voces tenebrosas que nos sugerían acudir a Verclos.

Objetó Durfort:

—Pero, hombre, ha sido por convocatoria de la Spes que nos vamos a reunir aquí un cierto número de adeptos, pasado mañana.

—Carol y yo, durante nuestro sueño, hemos recibido un mensaje cabalístico, intimándonos a acudir a Verclos. ¿No es así, Carol?

Asintió ella.

Durfort comentó con extrañeza:

—Esto es asombroso. O sea que estas voces tenebrosas os sugirieron venir aquí antes que estuvierais al corriente de nuestra asamblea.

Paseó unos instantes meditativo y de pronto razonó maravillado:

—¡Es fantástico! Esto significaría que los elegidos, los verdaderos herederos de la tradición templaría, la orden oculta, tienen la facultad de sugerirnos lo que desean por telepatía. Por consiguiente, ¿habrá llegado ya el momento en que nuestros maestros se revelarán en presencia, ante nosotros?

—Es posible. Pero, ¿por qué los herederos espirituales de la orden Templaría no toman simplemente un contacto directo con nosotros? ¿Por qué emplearían todos estos raros procedimientos que entran de lleno en el dominio de los encantamientos?

—No lo sé, Marc. En todo caso sí que me consta que el castillo de Verclos está embrujado desde hace siglos. Los documentos escritos por mis antepasados lo atestiguan y mis experiencias personales, que acabáis de compartir, lo confirman. ¿Acaso el espíritu, el alma de los templarios muertos, anda errante por este castillo? Hay hechos irrefutables, cotidianos, que casi lo…

Le interrumpió un estrépito de cristales rotos.

Todos se volvieron rápidamente, alarmados.

En una esquina de la gran estancia, varios jarrones acababan de rodar desde su repisa, estrellándose contra el suelo.

Las dos mujeres demostraron una evidente inquietud.

Se aquietaron al ver que tanto el periodista como Durfort contemplaban aquel fenómeno casi con indiferencia.

Y Durfort, encogiendo los hombros, expuso:

—He ahí una señal suplementaria, como para confirmar lo que os explicaba. Son tantas las manifestaciones anormales en este castillo, antigua sede de templarios, que ya nada me extraña ni asombra. Estáis fatigados. Os aconsejo lo más lógico. Un buen descanso. Nos alojaremos en cuatro habitaciones contiguas.

En las cuatro habitaciones escogidas, el cansancio rindió prontamente a sus ocupantes.

Durmieron profundamente.

Hasta las tres en punto de la madrugada.

Marc Ricart despertó sobresaltado. Tardó unos

instantes en comprender que no estaba acampando, sino tendido en un lecho confortable del castillo de Verclos.

Miró la esfera fosforescente de su reloj de pulsera. Las tres y un minuto de la madrugada.

Trató de adivinar a qué se debía su brusco despertar. Todo estaba en calma, silencioso.

Un tenue rumor, como de arañazos y suaves pisadas, llegó de pronto a sus oídos.

Sin encender la luz, calzó sus mocasines, y en pijama, empuñó su automática, saliendo cautelosamente al pasillo.

Chocó casi con Carol Benson que, a modo de pijama, vestía un chaquetón de lana que le había prestado Durfort y que le venía muy ancho.

Susurró ella:

—¿Oíste también algo raro, Marc?

—Sí, aunque quizá nos inquietamos inútilmente, puesto que, según Denis, las manifestaciones sonoras y visuales inexplicables, son aquí muy corrientes. De todos modos, y aunque posiblemente será una falsa alarma, ¿quieres ir a despertar a Denis y a Katleen? Espero en el rellano para controlar la escalera.

Regresó ella casi de inmediato con Durfort y la escocesa.

Ricart señalaba hacia abajo.

Una serie de leves crujidos poblaban las tinieblas.

En voz muy baja indicó Durfort:

—Proceden de la sala de guardia.

—¿Alguien tiene linterna?

—Yo.

—Bien, Katleen. Pulsarás la luz cuando yo te lo indique. Vamos allá.

Fueron bajando la escalera en espiral.

El pequeño vestíbulo de entrada al pie de los peldaños estaba débilmente iluminado por el resplandor lunar que a través de los ventanucos disipaba un poco la oscuridad.

Al acecho, Ricart entrevió una silueta que avanzaba sigilosamente atravesando la sala de guardia.

Tendió Ricart la mano hacia atrás y al poco le llegaba la linterna. Cuando el desconocido no estaba más que a unos tres metros.

Atrapado por el súbito foco de luz saltó hacia atrás, con felina agilidad.

Desconcertados, Ricart y sus acompañantes vieron a un asiático, vistiendo un sobrio traje negro.

Macizo, de anchas espaldas, reluciente el rostro de sudor, exhibía en las rodilleras y en las mangas huellas de tierra y polvo.

Interrogó el periodista:

—¿Quién es usted? Y por favor no nos diga que se extravió, o que entró por casualidad.

El oriental, ya recuperado del sobresalto, saludó ceremonioso.

—¿Es usted el señor Denis Durfort?

El propietario del castillo vino a colocarse al lado de Ricart.

—Yo soy Denis Durfort.

El asiático se llevó la diestra al hombro izquierdo.

—¿Podría hablarle privadamente, señor Durfort?

Durfort y sus acompañantes replicaron con el mismo saludo.

El oriental pareció sentirse muy complacido y aliviado:

—Entonces resulta superflua una entrevista privada. Mi nombre es Kian Ling y… —silabeó lentamente— mi loto viene de Bangkok. Por consiguiente, os explicaré el motivo de mi intrusión en este castillo donde nuestros hermanos procedentes de todos los horizontes mantendrán aquí su gran consejo capitular en la próxima noche solsticial.

Hablaba un francés gramaticalmente impecable.

—Al no poder conciliar el sueño, decidí abandonar mi tienda, y decidí pasear por los alrededores. Vislumbré una sombra, una silueta sospechosa que se deslizaba furtivamente en tu mansión, hermano Denis. Intrigado, la seguí.

—Y dicha silueta sospechosa, ¿dónde anda?

—He recorrido esta gran sala y también las dos criptas. Solamente disponía de un encendedor para alumbrar mis pasos. Sin duda alguna el desconocido habrá huido. ¿Hay otra salida, aparte la de la escalinata?

—No, Kian. Y si esta sombra es humana, tenemos que encontrarla por esta planta baja, ya que no pudo huir por la escalera.

El periodista miraba con insistencia las manchas del traje negro y Kian Ling se sacudió el polvo con amplia sonrisa.

—En la oscuridad, tropecé con las paredes varias veces.

—Perdona mis preguntas, Kian —dijo Ricart—. Dices que tropezaste con las paredes, lo cual explicaría las huellas que luces en las rodillas. Pero, ¿cómo explicas las de tu chaqueta, en la parte interior de las mangas? Un tropiezo con la pared no puede dejar esta clase de huella.

—Estas insinuaciones me hieren, hermano. No sé cómo se produjeron estas manchas, pero en la oscuridad debí…

Le atajó Carol:

—Acabas de decirnos que buscaste al desconocido ayudándote con la llama de tu encendedor.

El oriental escrutó a la euroasiática y suspiró:

—Mi hermana también me apena, ya que todo esto es ridículo y humillante para mí.

Carol Benson dijo algo al parecer sin sentido:

—Pronuncia la segunda de Caídoz y te replicaré la tercera.

El oriental arqueó las cejas, sorprendido.

La entonación de Carol se hizo incisiva:

—Resulta extraño que no conozcas la frase de contraseña para los casos de duda sobre la identidad. No es cabalístico, Kian Ling, sino simplemente los signos del zodíaco, pronunciados a la inversa, y por su orden cronológico.

—¡Este examen es injurioso para mí! Además, vuestros ritos occidentales difieren de los nuestros.

—Mientes. Yo fui iniciada en el ritual de la Spes en Seúl. Participé en reuniones tanto en Bangkok como en Kyoto. Los ritos eran idénticos. Eres un impostor, Kian Ling y ni siquiera tuviste la precaución de cambiarte

los nombres. Son chinos y no tailandeses.

El oriental denegaba en silencio, pero en sus sesgados ojos alentaba una creciente expresión de fiera acorralada.

Exclamó Carol:

—¡Te diré quién eres tú! ¡Eres un tuong! Un miembro de la secta criminal de bandidos a sueldo…

Súbitamente, la puerta de una de las criptas se abrió con estruendo, sobresaltando a todos.

Aprovechando aquel inexplicable incidente, el chino embistió contra el grupo, adelantando un brazo, juntos los dedos, pulgar en la palma, en amago de llave mortal de karate.

Katleen Angus reaccionó en forma experta y fulminante.

Sus brazos y piernas describieron movimientos de tal rapidez que la visión no podía seguirlos.

El chino lanzó un ronco gemido y fue catapultado en voltereta sobre las losas. Cayó sobre la nuca, permaneciendo inerte, sin sentido.

Miraban ahora todos hacia la puerta que se había abierto con violencia, pero ninguna silueta apareció en el umbral.

Impresionada, musitó Carol:

—¿Otra manifestación… de las llamadas sobrenaturales?

Replicó Durfort:

—Es posible. Voy a comprobar… Vigilad mientras a Kian.

Le acompañó Katleen, que permaneció junto al umbral para iluminar con la linterna sin por ello

privar a los otros de luz.

Durfort volvió a salir.

—Nada. La sala de meditaciones está vacía. Excepto por una especie de escalerilla de aluminio, tubular y desmontable. Es evidente que Kian Ling trajo consigo esta escalerilla para intentar alcanzar el orificio rectangular que se abre en el centro del techo abovedado.

Mostraba la escalerilla tubular de una altura de un metro cincuenta y la reclinó contra la pared.

Rezongó Ricart:

—¿Y dónde diablos desemboca el orificio del techo?

—Ya has notado el gran espesor de los muros, Marc. La mayor parte poseen pasadizos secretos, uniendo entre ellas algunas salas. Este orificio, conduce a un pasadizo perpendicular que corre a lo largo de la sala de fiestas del segundo piso.

—¿Qué buscaría Kian?

—Quizá documentos secretos pertenecientes a los caballistas templarios. Pero, como comprenderás, ya he visitado yo todos los pasadizos y recovecos sin hallar nada. Nuestros maestros espirituales escondieron sus secretos en lugar seguro, probablemente fuera de este castillo…

Una vibración le interrumpió. Surgía poco a poco, en el suelo y en las paredes, a la vez.

La escalerilla de metal se puso a flotar a un metro del suelo.

Bajo sus pies, las losas ondeaban mientras el asiático volvía lentamente a recobrar el sentido.

Movió la cabeza, meneándola rítmicamente. Sus ojos, abiertos, miraban fijamente el techo con expresión ausente, casi en blanco las órbitas.

Sus labios iban murmurando audiblemente:

—Yo maté a Kian Ling, el adepto chino de la Spes en Bangkok. Estoy afiliado a los tuong. No pudimos arrancarle gran cosa a Kian Ling. Ni siquiera en estado de hipnosis nos reveló ningún secreto de la Spes, salvo el saludo de identificación.

Las vibraciones se intensificaron, pero se concentraban en el lugar donde el chino estaba extendido, en estado de trance.

Desde la sala de meditaciones brotó un ruido como de algo pesado que es arrastrado.

Cesó. Y entonces vieron aparecer, flotando a un metro del suelo, una caja metálica provista de asas laterales.

El objeto misterioso, del tamaño de un maletín, atravesó lentamente la sala y vino a posarse sobre el pecho del oriental.

El chino, jadeante bajo el peso, reanudó su extraña confesión:

—Esta bomba debía destruir la sala del segundo piso cuando se reuniesen los enviados por la Spes. Mi misión consistía en teledirigir la espoleta de explosión, desde mi tienda de *camping*, apenas estuvieran todos reunidos

Las vibraciones se elevaron hasta rellenar el aire con un zumbido intenso.

Y repentinamente, sin abandonar su postura tendida, el cuerpo del asesino tuong se elevó,

manteniendo sobre su pecho la caja metálica.

Los ojos abiertos pero inconsciente, el asiático se dirigía hacia la salida.

Ricart y Carol se apartaron mientras que a sus espaldas la puerta del castillo se abría por sí sola.

El oriental, transportando la bomba, pasó ante ellos, flotante.

Experimentaron una rara sensación de frío, un frío glacial.

Los cuatro salieron para ver aquel cuerpo en estado letárgico flotar hacia el parapeto que ante el castillo dominaba el abismo del valle.

El cuerpo tendido se alejaba, flotando en el aire como diminuto dirigible.

Aureolado de pronto por una luminosidad verde, se alejaba cada vez más rápidamente, por encima de los bosques situados a más de un kilómetro.

Súbitamente, la tenue luz verde se transformó en un relámpago deslumbrante, inmenso, teñido de púrpura.

Siguió, a los pocos segundos, una formidable deflagración.

La bomba había explotado, pulverizando al asiático encima de una zona boscosa y desierta.

CAPÍTULO VII

Rodeando con su brazo los hombros de Carol, que temblaba convulsivamente, preguntó Ricart:

—¿Qué opinas ahora, Denis? Sinceramente, ¿puedes encajar este fenómeno en el rango de las manifestaciones anormales de tu castillo?

—No seré tan obtuso para creerlo así. Pero, aun cuando exista algún reducto o subterráneo que yo no haya podido encontrar, me resulta difícil admitir que unos… desconocidos hayan podido elegir un escondite para dedicarse a esta clase de… intervención.

—Cualquiera que sea el origen, estas manifestaciones, tanto la elevación del chino y la bomba, además de la escalerilla, no son obra de espíritus —afirmó Ricart.

—Entonces, ¿qué?

—Todo ello atestigua una tecnología muy superior a la que conocemos los terrícolas. Una tecnología que hace funcionar campos de fuerza de una movilidad asombrosa, y que suponen unas instalaciones que difícilmente podrían ser escondidas en ningún hueco secreto de tu castillo.

Ya calmada, inquirió Carol, interesada:

—¿Qué propones que hagamos, Marc?

Ahogando un bostezo, el periodista, replicó:

—Ir a dormir. Mañana, trataremos de analizar todas las teorías posibles. Aunque creo que difícilmente daremos con una solución.

* * *

En una cuerda tendida entre dos árboles, cerca de su tienda, adornada con retama, el británico Lionel Saylor acababa de colgar la ropa recién lavada.

Encendiendo su pipa, fue a sentarse en una banqueta plegable. Era la imagen del perfecto acampador, apacible, satisfecho de vivir en plena naturaleza, con los únicos decibeles sonoros, muy gratos, del arrullo del río cercano.

Dos gendarmes se aproximaban.

Levantándose, Saylor contestó a su saludo.

El sargento de gendarmería manifestó:

—Estamos efectuando una investigación sobre la explosión que se produjo esta noche en la región. ¿Oyó la noticia?

—No, pero oí la explosión.

—Entonces, ¿vio el… la bola luminosa en el cielo?

—No. Si bien salí de mi tienda, no vi nada.

—¿Tampoco oyó ruidos de caída de trozos que hubiesen podido desplomarse por aquí?

—Nada en absoluto, pero hay otros acampadores por estas riberas. Tal vez tenga más suerte con ellos.

—Les hemos interrogado sin obtener ninguna precisión. Despertados por la explosión, escrutaron el cielo y el campo, sin notar nada anormal. ¿Tiene la bondad de mostrarnos su documentación? Simple rutina.

Saylor les presentó el pasaporte. En la línea «Profesión», el sargento leyó: «Representative agent».

—¿Viajante de comercio?

—Representante de una fábrica de impermeables. Un trabajo que en esta región, con un tiempo tan

soleado, no es rentable. Por esto elegí pasar en ella una semana de vacaciones.

Los dos gendarmes saludaron, despidiéndose.

Escalaron el talud que daba acceso a la carretera. El gendarme sin graduación comentó:

—Con el cochino clima que disfrutan en su isla, es lógico que los ingleses vengan a asarse aquí bajo nuestro sol.

—A juzgar por todos los extranjeros que acampan por este sector, los ingleses no son los únicos en gozar de nuestra Provenza. Hemos visto un hindú, un alemán, una italiana y un yanqui. La propia Torre de Babel, si añadimos el ruso, el argentino y la israelita que nuestros colegas han interrogado al este de Verclos.

Los dos gendarmes se aproximaban a su «Dynam» estacionado en un llano junto a la cuneta, cuando un rumor de galope les hizo volverse.

Su sorpresa cedió lugar a la incredulidad ante la visión del jinete que acudía hacia ellos.

Vestía cota de mallas. Llevaba al cinto una gran espada de doble filo y un casco de hierro colgaba del pomo de su silla.

En torno al caballista flotaba una capa blanca retenida al nivel del cuello por una cadenilla de eslabones plateados.

Redondos los ojos, boquiabiertos, los dos gendarmes contemplaban paralizados de estupor a aquel raro jinete que tiró de la brida, parando su caballo a dos pasos del coche.

El caballista, de rasgos enérgicos, examinaba con la

misma curiosidad el automóvil y los uniformes.

Una expresión de recelo y de intriga endureció sus facciones.

Habló a los representantes de la ley provinciana en un lenguaje que no entendieron.

El sargento refunfuñó:

—Vaya, lo que faltaba... Parecen latinajos... ¡Oiga, amigo! ¿Dónde va con este atavío? ¿A Saint-Tropez o a un baile de máscaras?

El caballista frunció las peludas cejas. Tampoco había comprendido el lenguaje populachero del sargento.

En un francés arcaico y titubeante, articuló laboriosamente :

—¿Mucho lejana todavía las salas de armas y caballerizas?

—¿Las criptas de Verclos? ¿Quiere decir el castillo?

—Sí... De los caballeros templarios...

Los dos gendarmes intercambiaron una mirada perpleja. Otro extranjero algo chiflado. A los franceses les daba por creerse Napoleón y a aquel le dio seguramente por imaginarse de la Tabla Redonda.

—Verclos está a dos kilómetros. Al girar allá la carretera, verá el pueblo. En lo alto, el castillo. No puede equivocarse de rumbo. Y ahora, ¿tiene la bondad de mostrarnos la documentación? Simple rutina.

El caballista, que no había entendido gran cosa, insistió:

—Verclos... ¿Diestra?... ¿Siniestra?...

El sargento comenzó a sulfurarse:

—A la izquierda, a la siniestra o a la zurda, si así le gusta más. Pero le he pedido su documentación.

—Gracias muchas, maestre de armas.

Y el jinete espoleó su montura partiendo al galope, batiendo la espada al flanco de su caballo.

Aturdidos, los dos gendarmes se precipitaron hacia su «Dynam», pero al ir a efectuar la maniobra para girar, llegó otro coche que pasó de largo seguido de una furgoneta.

Cuando pudieron finalmente virar, imprecó el sargento:

—Apenas le eche mano al coleto de este payaso montado, le voy a hablar a patadas en la rabadilla. A diestra y siniestra, recórcholis.

Pero, al enfilar la recta de Verclos, no vieron rastro alguno del caballista.

Volvió a imprecar el sargento:

—¡Valiente sinvergüenza! Debió atajar por las veredas. Pero me las pagará por duplicado apenas le agarre.

* * *

En la gran estancia del castillo, mientras Ricart, Durfort y las dos mujeres elaboraban toda clase de teorías sobre el origen de unas misteriosas catástrofes anunciadas por la radio, se elevó el zumbido de una vibración.

Interrumpidos en la conversación, miraron en torno, intrigados.

Exclamó de pronto Carol:

—¡Allí! ¡En el rincón aquel!

Donde ella señalaba, una llamita cabrilleaba en el aire, esparciendo en derredor de ella un tenue fulgor azulado.

Con cierta aprensión se acercaron, fascinados por los reflejos malva y azul.

Tranquilamente, comentó Durfort:

—Vuelve a ser en esta esquina de la sala donde se produce esta nueva manifestación inexplicable.

La llamita se desplazó suavemente hacia el ancho corredor, pareció titubear y se inmovilizó.

En aquel mismo instante resonó el aldabón de la puerta de entrada.

Los golpes repercutieron en ecos prolongados por la escalera de caracol.

Y, al instante, la llamita desapareció.

Trató Ricart de ironizar:

—Los espíritus familiares de este venerable castillo parece ser que no aprecian mucho las visitas.

Durfort fue a abrir. No tardó en volver acompañado del sargento y su subalterno, a quienes presentó sus huéspedes, antes de afirmar:

—Pueden comprobarlo ustedes mismos, señores gendarmes. ¿Acaso tenemos aspecto de estar rodando una película histórica?

Ricart preguntó:

—¿De qué se trata, Denis, si no es indiscreción?

—Estos señores me han preguntado dónde estaba el equipo de rodaje de la película. Contesté que lo ignoraba, que no había cineastas por aquí, y les he invitado a que por ellos mismos comprueben lo que digo.

El sargento se rascaba la sien mirando el decorado natural, pero de siglos atrás.

Denis Durfort agregó:

—Por cierto, ¿qué película es esta que tanto les intriga?

Molesto, el sargento relató su singular encuentro con aquel misterioso caballista.

—¿Y dice usted que llevaba cota de malla y espada?

—Sí. También una gran capa blanca con una cruz de color rojo sobre el hombro izquierdo.

Atónito, murmuró Ricart:

—El blanco manto y la cruz de los caballeros templarios. ¡Es increíble!

Amoscado, protestó el sargento:

—¿Se figura acaso que estamos bebidos? ¿O que hemos visto un fantasmón?

—Esta segunda teoría me parecería más razonable, sargento.

—¿Se burla de nosotros, señor Durfort? —gruñó el sargento.

—Ni mucho menos. Sin entrar en conferencias sobre la naturaleza exacta de lo que convencionalmente llamamos fantasmas, es indiscutible que esta clase de apariciones ha sido vista, y comprobada, miles de veces en el transcurso de los siglos. Aquí mismo, en mi castillo, y les ruego me crean, no es nada raro que se produzcan extraños fenómenos. Elevación de objetos, siluetas huidizas, sombras movientes, ruidos insólitos… Hechos que podrían ser aterrorizadores para una mente que no

estuviese imbuida de la realidad de determinadas manifestaciones espiritistas.

Suspicaces, los dos gendarmes miraban atentamente al aristócrata, hombre con fama de honorable y que sin embargo les estaba hablando de apariciones y fantasmas como si fuese algo muy natural.

—¿Y no presentó usted nunca la adecuada denuncia, señor?

—¿Contra quién? ¿Contra... ruidos, portazos, llamitas, vibraciones, sombras? Se habrían burlado de mí y una inspección minuciosa de mi castillo no les habría mostrado nada que ya no sepa yo mismo.

—¿Y qué es, si puede saberse, señor?

—Que este castillo es la sede de fenómenos de encantamientos contra los cuales ni toda la gendarmería en peso de Francia ni nadie podría hallar remedio. Sí, sí... Créanme. Les aconsejo a este propósito que lean la obra magistral del capitán de gendarmería Pierre Dugi.

—¿Qué obra, señor?

—Se titula *Asesinos Invisibles En Crímenes Sin Móvil.* Relata numerosas investigaciones efectuadas en casas calificadas de encantadas, en el sentido de embrujadas. La materialidad de los hechos queda demostrada, si bien no se les puede dar una explicación racional.

—Ya, ya... ¿Algo más, señor?

—Personalmente, todos estos ruidos y manifestaciones irracionales que atemorizan al vulgo no me molestan. Y por lo tanto, ¿para qué denunciar lo invisible si no me fastidia ni mucho menos?

La lógica de la argumentación no permitía controversia.

Los dos gendarmes se despidieron.

Dentro del «Dynam», mientras ponía el coche en marcha, opinó el subalterno:

—¿Puedo darle mi opinión sobre el caso, mi sargento?

—Puedes. Una burrada más o menos, tal como se presenta la jornada, ya no me hará pupa.

—Para mí, que el señor Durfort está como una cabra.

—¿Ah, sí, besugo? ¿Y yo también estoy como una chota?

—Eso, mi sargento, lo dice usted. Yo, no.

—Entonces, el fulano que yo vi muy bien con estos ojazos míos, ¿me lo inventé?

—No, ni tampoco era un fantasma. Ya que hablaba. Y su caballo era de carne y hueso. La prueba es que dejó estiércol como huellas digi...

Se apearon ambos.

En el patio del castillo entraba a toda velocidad un «Simca» verde dando constantes bocinazos.

Vino a detenerse con chirrido de frenos ante la entrada del castillo.

CAPÍTULO VIII

En lo alto de la escalinata, Durfort aclaró:

—Es Charles Capvern, el corresponsal del *Eco de Marsella.*

Saliendo apresuradamente de su coche, el periodista marsellés tuvo un momento de vacilación al ver acercarse a los dos gendarmes.

Explicó subiendo las escaleras:

—La bocina era para que me oyese el señor Durfort.

—Hola, Capvem, ¿qué le sucede? Parece usted algo así como trastornado —comentó Durfort.

—¡Y con razón! Venía yo de Maurac, en dirección a Verclos, cuando desde un camino lateral desembocaron al galope dos caballistas. Para no atropellarles, faltó poco para que me rompiera yo la crisma cuesta abajo de la ladera.

Nerviosamente, manoteando, añadió el marsellés:

—Me crean o no, los dos tipos iban disfrazados de cruzados. Una cota de malla, casco de hierro colgando de la silla, un espadón colosal al costado y cubiertos de polvo como tras una larga cabalgada.

Miró agresivo al sargento, que estaba a su lado.

—No, no, sargento, no es ningún bulo para rellenar una columna en mi periódico. Y esta mañana no he bebido más que un café con leche.

—Le creo, Capvern, tanto más cuanto que nosotros mismos tropezamos con un caballista idéntico. Prosiga.

—No sabe lo que me alegra lo que me dice. Llegué

a pensar que mi cerebro se había desfasado… Bueno, pues, los dos tipos bajaron de sus caballos y se precipitaron hacia mi coche, espada en mano. Yo no me atrevía a salir. Ellos me miraban como si yo fuera un bicho raro, a través del parabrisas. Dieron la vuelta a mi «Simca», se inclinaron para ver lo que había debajo, y por fin me hicieron señales para que bajase. Yo me limité a bajar el cristal un poco nada más.

Mirando alternativamente a las dos mujeres del grupo, hizo una mueca de excusa para justificar su falta de entusiasmo en enfrentarse con caballistas de espadones amenazantes.

—No comprendí nada de su jerga. Apenas si pude captar: «Verclos, caballerizas, salas de armas…» Les señalé el camino con gestos. Y les dejé partir al galope. No pisé el acelerador hasta que no hubieron ellos girado el viraje del Val. Y cuando llegué a la recta, los dos jinetes habían desaparecido, como si hubiesen volado o evaporado.

—¡Exactamente lo mismo nos pasó con nuestro caballista, Capvern!

—¿Poco corriente, no, sargento? Entonces acudí aquí, pensando que unos cineastas debían rodar una película de época en el castillo.

Miró a derecha e izquierda antes de añadir:

—Pero no parece que sea esto…

—No es esto en absoluto —confirmó Durfort—. Aquí no hay nada parecido a un equipo de cineastas, con sus proyectores, «jirafas», grúas, camionetas de sonido y demás aparatos.

—Entonces, ¿la presencia de estos dos…, de estos

tres jinetes, contando el de los gendarmes, cómo la explican?

—No la explicamos, Capvern —sonrió Durfort—. Nos limitamos a escucharle. Tal vez en algún otro lugar haya gente de cine.

Capvern y los gendarmes se fueron, dispuestos a averiguar el paradero de los supuestos cineastas y sus extras caballistas.

Comentó Ricart:

—Es inútil que nos escarbemos las meninges tratando de teorizar. Lo que se avecina, nos aclarará todos estos enigmas.

Pero pasaron el resto del día teorizando.

Tras cenar, insinuó Ricart:

—Creo conveniente recuperar nuestro equipo, plegar nuestras tiendas y advertir a los demás que no se inquieten por nuestra ausencia.

Levantándose, dijo Carol:

—Yo te acompaño, Marc. Si quieres, Katleen, podemos también desmontar tu tienda y traerla con tus cosas.

—Gracias. De acuerdo.

El tintineo del campanario desgranaba las diez horas de la noche en la quietud de la campiña provenzal, cuando Marc Ricart, dejando a Carol ante su tienda, se dirigió hacia la suya.

A la luz de una potente linterna, empezó a colocar su material de *camping* en una maleta de mimbre.

La llevó a su coche, parado al borde del camino y, antes de ir a desmontar su tienda, dio un rodeo para comprobar si Carol había ya terminado.

Dijo ella:

—No tardaré ni cinco minutos, Marc. Puedes regresar a tu…

Se calló, alertada por un curioso retumbar lejano.

Cuando levantaban el mástil central, un violento resplandor estalló más allá del bosquecillo.

Un cono de luz púrpura acababa de volatilizar la tienda de Marc Ricart.

El periodista saltó al fondo para alzar la lona con ambas manos y apremió, mientras volvía a sujetarla del mástil:

—¡Rápido, Carol, corre hacia el coche! No te preocupes por mí.

Apenas ella hubo huido, se deslizó Ricart bajo la lona y encorvado fue a contornear el bosquecillo para quedarse tendido boca abajo, acechando a través de los matorrales la luz de linterna que dejó encendida bajo la tienda de Carol.

Una sombra se destacó del otro lindero, avanzando, apuntando con lo que parecía un corto *bazooka*.

De este instrumento surgió un chorro de fuego que incendió la tienda en un segundo, como si estuviera impregnada de gasolina.

Como ya había asistido a la destrucción de su propia tienda, poco antes, Ricart cerró los ojos para evitar el deslumbramiento.

Y así, inmediatamente después del relámpago tan poderoso como el de un ikotron{1}, pudo fácilmente distinguir la silueta del incendiario.

Avanzaba hacia él, en su dirección.

Cuando pasó ante el matorral tras el que se ocultaba, Ricart le saltó encima, aplicándole con el canto de la mano un golpe en la nuca que proyectó al incendiario de cara contra la hierba.

El individuo, musculoso, encajó el golpe que lo aturdió unos segundos. Se revolvió apoyándose a la vez en las manos para contraatacar.

Recibió en pleno rostro el toque del cañón de su arma térmica manejada ahora por Ricart como un jugador de golf.

Esta vez, la violencia del choque le proyectó brutalmente hacia atrás, quedando tendido para más de la cuenta.

Un crujido de ramaje hizo volverse al periodista, que vio acudir corriendo a Carol. La acompañaban el inglés Lionel Saylor y otro individuo al que no conocía.

—¿Estás herido, Marc?

—No, Carol. Pero debiste esconderte en vez de correr un riesgo al ir a avisar a Lionel. De todos modos, el incendio de ambas tiendas ya le habría despertado.

Replicó el británico:

—Esto es lo que sucedió, Marc. Salía de mi propia lona cuando llegó Carol. Te presento al hermano Duff Clifton, de Los Angeles.

Al ver el voluminoso fusil que empuñaba el periodista, agregó:

—¿Fue con este artefacto que este sujeto incendió las tiendas?

—Sí. Es un modelo de arma térmica que con toda

certeza no está a la venta en ningún supermercado.

Enfocando la linterna sobre el rostro tumefacto del incendiario, exclamó Carol:

—¡Un chino!

—Otro más —suspiró Ricart—. Creo que ha ido a reunirse con sus antepasados. Su cabeza golpeó contra esta piedra. Yo quería solamente dejarle K.O., no matarlo.

Gangosamente, rebatió Duff Clifton:

—Pero él sí que quería liquidarte.

El americano estaba registrando al oriental. Solamente le encontró cuatro monedas de cobre que mostró a la euroasiática.

—Los cuatro sapeks chinos. ¿No te sugieren nada, Carol?

—Es la señal de reconocimiento entre los tuong.

—¡Miren! —alertó Ricart—. La hierba ha prendido en derredor de las lonas incendiadas.

Dirigiéndose hacia el foco más próximo de fuego, vieron acudir al hindú Brent Chandiram, acompañado de una muchacha morena y de un hombre de crespos cabellos negros.

De minuto en minuto, otros adeptos de la Spes, atraídos por las llamas, fueron uniéndose a ellos, para formar la cadena desde el río, con cubos de lona y toda clase de recipientes.

En menos de media hora el esfuerzo conjunto dio término al conato de incendio forestal.

Presentó entonces Chandiram a sus compañeros. La joven morena acababa de llegar de Tel Aviv, y el hombre de cabello crespo procedía de Damasco.

Dos súbditos de países hostiles, Israel y Siria, unidos en fraternidad gracias a la asociación secreta de la Spes.

Comentó el hindú:

—Esperemos que este principio de incendio y los fogonazos de esta arma no habrán atraído la atención de los del pueblo. Y ahora, hermanos, ¿qué haremos con el cadáver de este enemigo?

Duff Clifton empuñó el pesado fusil térmico. Dijo:

—El medio más seguro de librarnos de este cuerpo que llamaría la atención, es probar el arma sobre su propietario.

Junto al yacente tuong, Carol aplicó la palma sobre el arma que empuñaba el americano.

—Duff, yo solicito el derecho de cumplir con esta tarea. Lo pido fraternalmente, en nombre de mi padre, asesinado por los tuong en Seúl.

Carol Benson, crispados los maxilares al evocar el penoso recuerdo, tanteó hasta encontrar el pulsador del seguro.

Presionó el gatillo.

Con un agudo zumbido, un fogonazo brotó del cañón.

Casi instantáneamente, el muerto se carbonizó, dibujando sobre el suelo una silueta de ceniza negruzca que dos cubos de agua bastaron para dispersar y mezclar con la tierra.

—¿Este fusil térmico dónde lo vamos a esconder? —preguntó Chandiram.

—En el castillo de Verclos. Carol y yo estamos hospedados allá con Katleen Angus. Mañana durante

la reunión del Gran Consejo podremos estudiar en detalle esta arma.

Opinó el hindú:

—Fue una gran suerte que la luz que dejasteis bajo vuestras tiendas hiciese creer al tuong que estabais dentro. Y si no te hubieses reunido con Carol en su tienda, seguro que te reducían a cenizas, Marc.

—Asado como un cordero —murmuró Ricart, de pronto pensativo.

—¿En qué estás pensando ahora? —se extrañó Carol.

Arrancado a sus repentinas sospechas, sonrió Ricart, aparentemente jovial.

—Pienso en que tu lentitud en preparar tus cosas nos salvó la vida. Para que luego critiquemos las tardanzas femeninas.

Carol Benson le acechó de soslayo, poco convencida por aquella respuesta.

«¿Por qué mentirá Ricart? —se preguntó ella—. ¿Qué pensamiento habrá preferido mantener secreto…?»

CAPÍTULO IX

En la amplia sala de fiestas unas sesenta sillas en cinco hileras daban frente a un *podium* ocupado por una mesa y siete sillones.

Un gran tapiz azul colgaba tras los sillones, adornado en su centro por el escudo de la Spes. Un globo terrestre ceñido por una cadena cuyos eslabones los formaban tres espadas reunidas en triángulo.

El conjunto representaba la cadena de fraternidad que unía a los miembros de la Spes. Dominando el globo terráqueo, destellaba la cruz Templaría.

Llegados individualmente desde las nueve de la noche, los adeptos ocupaban las filas de sillas, charlando en voz baja. Tenían un ideal común de paz, hermandad de todas las razas, y tolerancia de todos los credos.

Marc Ricart se instaló en la última fila, por precaución.

Sintióse acechado. Su mirada topó con la del hindú Chandiram que le sonrió en forma algo ambigua.

Las luces se apagaron quedando sólo una lamparita encima de la cruz Templaría.

El extremo del cortinaje se alzó cediendo paso a un hombre de unos cuarenta años, moreno, vistiendo de pana gris y jersey del mismo color. Ante su pecho, suspendido de cadena de eslabones triangulares, colgaba un gran medallón con los emblemas de la Spes.

Se colocó ante el sillón central. El cortinaje volvió a alzarse, esta vez por ambos extremos, y fueron

entrando seguidamente, Carol Benson, Katleen Angus, Duff Clifton, Denis Durfort, la israelita y un egipcio.

Las luces volvieron a encenderse, y los asistentes se levantaron tocando con su mano derecha su hombro izquierdo, saludo ritual al cual contestaron los siete dignatarios antes de sentarse.

Marc Ricart sentíase molesto. Entre todos aquellos desconocidos que le rodeaban, uno de ellos era seguramente el enviado de París, representante legítimo de la rama francesa de la Orden.

Absorto por esta preocupación, tardó en darse cuenta que los demás, tras saludar, ya se habían sentado.

Bajó rápidamente su brazo y se disponía a sentarse cuando el que presidía en el estrado, le interpeló con tono benévolo:

—Hermano Ricart, tus pensamientos se extravían, y es preferible que te concentres en forma propicia para esta asamblea de iniciación.

—Tienes razón y lo lamento de veras.

—Pensamientos parásitos vienen a veces a distraer nuestra concentración mental al comienzo de estas asambleas. Por lo tanto, nadie te lo reprocha, y como prueba de nuestra comprensión te concedemos la oportunidad de que seas tú quien inaugure la ceremonia ritual.

El periodista pensó de inmediato: «Me echó el anzuelo. Este hombre, por una razón que ignoro, sabe que no tengo ni idea del ceremonial».

—No puedes declinar este honor, hermano Ricart. Ven a colocarte a la derecha del *podium* y cuando sea

el momento, cumplirás con tu cometido.

Era imposible denegarse, y Ricart fue a situarse al sitio señalado.

Proseguía el comendador de la Spes:

—Este año, con motivo del carácter excepcional de nuestro consejo capitular, nuestra asamblea solsticial será pues distinta a las precedentes, ya que, para nosotros ha llegado la hora de tomar grandes decisiones. Las actividades agresivas y asalariadas de la secta de los tuong nos obligan a partir de ahora a defendemos, y con ellos defender también a la humanidad ansiosa de paz.

Hablaba sin pedantería, con sencillez.

—Como ya sabéis, los tuong son los responsables de las recientes voladuras del pantano de Rejus y de la refinería de Briskhaven. Con el maquiavelismo propio de su secta, han logrado echar sobre nosotros la responsabilidad de estos actos. Actualmente, la Prensa, la radio y la televisión mundiales, hacen alusión a esta misteriosa sociedad Spes que según los noticieros ha efectuado en el mundo una aparición tan sangrienta y a la vez estruendosa.

Abarcó en lento ademán a su audiencia.

—De ahora en adelante, y de acuerdo a nuestros medios, devolveremos golpe por golpe. Estamos ya estudiando diversos planes de acción para aplicarles a los tuong la ley del Talión. En esta época en que el hombre es un lobo para el hombre, todavía no ha llegado el momento en que el cordero podría, por su ejemplo apacible, llevar la paz al corazón de los que quieren sabotear dicha paz en beneficio de los

mercaderes de armas.

Hizo un gesto como de excusa.

—El Consejo y yo lamentamos que nos sea preciso recurrir al empleo de la violencia, pero es el único recurso posible. Los tuong disponen de armas nuevas, como por ejemplo el fusil térmico cuya posesión debemos a la valerosa actitud de nuestro hermano Ricart. Poseen ellos también cañones de infrasonidos, responsables de las catástrofes que antes mencioné. Ahora, interrumpo estas digresiones…

Miró al periodista invitándole:

—Hermano Ricart, procede a la apertura ritual de nuestro Gran Consejo Capitular.

Marc Ricart decidió abandonar todo disimulo. Habló con firmeza:

—Ha sonado el minuto de la verdad. Desconozco por completo vuestro ritual. Ni siquiera sé si me es permitido dirigirme a ti, que presides, con la llaneza del tuteo.

—Te es permitido, y a la vez es justo que sepas que me llamo Roland Martel. Te escuchamos.

—No pertenezco a vuestra asociación, aunque mis pensamientos, al igual que mis escritos, estén por completo de acuerdo con vuestros ideales.

—Todo cuanto has escrito ha sido muy apreciado por nosotros. Prosigue con tu demostración de sinceridad.

—Hace quince días, y durante una semana, cada noche me asaltaba un extraño sueño donde una voz tenebrosa, pero persuasiva, me sugería acudir a Verclos.

Vine, y el azar me permitió descubrir ciertos indicios singulares.

—¿Y eran…?

—En el remate de mástiles de tiendas. Flores. Sorprendí un intercambio de signos y palabras entre Carol y Lionel Saylor. Comprendí que se trataba de adeptos de una sociedad secreta. Corté una ramita de acacia y adorné con ella el mástil de mi tienda.

—Todo lo demás ya me ha sido relatado por Carol y Lionel. Aprecio tu franqueza, pero pregunto ¿por qué te mezclaste con fraude a nosotros?

—Con la finalidad, que aún ignoro cuál es, de obedecer a esta rara consigna psíquica recibida en el transcurso de sueños sucesivos. Los mismos sueños que reconocen haber tenido Carol, Katleen, Lionel y Denis. También ellos obedecieron esta inexplicable consigna de acudir a Verclos antes del veinticuatro de junio, fecha del solsticio de verano.

Abordó Ricart otro detalle que por deducciones había entresacado:

—Tú mismo, hermano Martel, si no hubieses tenido sueños idénticos, recibido y respetado consignas idénticas, ¿habrías elegido este castillo, antigua sede de Templarios, para celebrar aquí esta asamblea?

Pestañeó Martel sorprendido por la firme convicción de aquel «profano» que parecía tener el don de la clarividencia.

—Tu penetración es bastante extraordinaria, Ricart. Tienes razón. Todos hemos recibido estos mensajes psíquicos, ajenos a nuestro psiquismo, y que

mencionaban a un adepto desconocido, introduciéndose con fines sospechosos en nuestra Orden. ¿Serías tú acaso este adepto desconocido?

—Si lo fuese, lo negaría. Pero como no lo soy, puedo hablar muy tranquilamente. De momento hay algo cierto y sin explicación racional. Todos los miembros de la Spes, incluido yo, que me he colado entre vosotros, hemos sido, teledirigidos hacia este castillo. ¿De dónde procedía este mensaje que las voces nos transmitieron y por qué lo recibimos?

—Es un enigma irritante, aunque, sin embargo, la rareza misma de esta «teledirección» hacia este castillo, me incita a pensar que su solución nos será facilitada antes del amanecer, en esta corta noche del solsticio de verano...

Miró fijamente al periodista, antes de añadir:

—Particularmente, tengo confianza en ti. Tus escritos en lucha permanente contra el oscurantismo y los industriales de las guerras, te designan como un hermano digno de ser iniciado en nuestra Orden. Pero el corazón puede equivocarse. Pesan todavía sobre ti, graves sospechas, que deseo sinceramente sean infundadas. Por consiguiente, y en espera de estar mejor informado me veo obligado…

Una sorda vibración le interrumpió.

Todos los asistentes experimentaron un extraño malestar que nublándoles la visión, repercutía en fuertes pulsaciones dolorosas en sus sienes.

Las tinieblas invadieron sus mentes.

CAPÍTULO X

Hacia las tres de la madrugada la circulación es casi nula en la Place Trouville, aunque se halle en el mismo centro de París.

Por esta razón los dos gendarmes de guardia ante la verja monumental del Ministerio del Interior se despejaron, un poco sorprendidos, al oír, procedente de la Avenida de Marigny, un ruido estrafalario.

Para tratarse de un vehículo su motor producía una especie de «cataclac-cataclac» que denotaba o bien rotura de biela, o como dijo humorísticamente uno de los guardias:

—Este cacharro debe rodar sobre llantas cuadradas.

Pero comprendieron, alelados, que era un ruido de galope.

Un jinete avanzaba por la amplia acera de la avenida a lo largo del Palacio del Elíseo.

Hasta entonces, la perspectiva de los árboles le había mantenido oculto.

Exclamó el cabo:

—¡Recorcho! Este ciudadano debe estar loco. Mira que pasearse a caballo en plena noche…

El caballista tiró de brida a su izquierda para atravesar la plaza y vino a encabritar su montura, en brusca detención, ante la verja del ministerio.

Los dos gendarmes se habían quedado sin voz, casi salientes los ojos de sus órbitas.

El jinete de cota de mallas, casco con cimera medieval, espada al costado, hurgó con su guantelete

de hierro bajo el amplio manto blanco.

Extrajo un sobre con sellos de lacre y lo tendió al cabo.

Hablaba un francés con desinencias anticuadas:

—Para tu jefe preboste, el llamado ministro. «Apriesa», soldado.

Atónito, el cabo cogió el voluminoso sobre.

No lograba apartar la vista de aquel extraño jinete que parecía haber saltado de un grabado de la Edad Media.

Pero vociferó roncamente:

—¡Oiga, oiga, ciudadano! ¿Qué farsa es ésta, recorcho? ¿No sabe que está prohibido circular a caballo por la capital? Aquí no estamos en el bosque de Boulogne. Además, no es Carnaval...

El jinete espoleó su montura y partió a galope tendido.

Un «Jaguar» que desembocaba velozmente por la calle Saussaies, frenó ruidosamente.

El caballista saltó por encima del capó.

El conductor, rubio teñido y levemente maquillado, con dosis excesiva de whisky, gimió lastimero:

—¡Hay que ver, qué bestia más bestia! ¡Bruto, bruto!

Se alejó conduciendo muy poco a poco, temblando epilépticamente.

El cabo, pensativo, exclamó de pronto:

—Oye, Gredin, ¿viste la tele anoche, no? Me refiero al diario hablado.

—A mí los cuentos chinos no me interesan y...

¡Anda! ¿Te refieres a esta historieta de caballeros templarios que han sido vistos por no sé qué floresta del sur?

—Exacto. Y éste que hemos visto se parecía mucho a un cruzado o a un templario.

Miró el sobre con lacre encarnado, grabado con el sello Templario y rezongó:

—Este ciudadano debe ser un guillado. Pero de todos modos le remitiré el mensaje al jefe de Protocolo. Allá él con el ministro.

* * *

En la gran sala del castillo, Marc Ricart y todos los miembros de la Spes se tambaleaban, inundados de sudores, barrenado el cráneo por la intensificación de las vibraciones.

Un cuadro se desprendió de la pared a un lado de la puerta. Varias estatuas saltaron de sus repisas, estrellándose contra el suelo.

Súbitamente cesaron las vibraciones.

El silencio volvió, opresivo, tras aquellos minutos de angustia.

Dolorido el cuerpo y sintiendo como alfilerazos en el cráneo, las víctimas de aquel fenómeno iban reponiéndose.

Apoyada en la mesa, aún aturdida, murmuró Carol:

—¿Qué ha pasado?

—El castillo ha sido objeto de un ataque con infrasonidos —replicó Ricart masajeándose la sudorosa nuca.

—Lo mismo que en Rejus y en Briskhaven —aclaró

Martel—. Los tuong... Pero, ¿a quién debemos haber sido salvados?

De nuevo les asaltó la angustia.

Las vibraciones reiniciaban su zumbido.

Pero esta vez ninguna onda de sufrimiento vino a fustigar sus miembros ni a martillear sus cráneos.

Opinó el periodista:

—Estas vibraciones difieren de las precedentes. Se parecen más a las que percibimos, una noche, en la sala de armas.

—Son las mismas —asintió Durfort.

Fueron a abrir las ventanas y escrutaron la noche, mientras Ricart recuperaba del cajón de un armario, su automática, antes de reunirse con Carol, Durfort y Martel, asomados a un ventanal.

—¡Eh! ¡Mirad allá, a la izquierda! —exclamó alguien.

Vieron entonces un fulgor a ras de suelo, cuya luminosidad iba en aumento.

Emergiendo del torreón angular, vieron a un hombre, paralizado tras los mandos de lo que parecía un voluminoso telescopio con trípode.

Aureolado por una intensa luz flotaba a un metro del suelo.

En el otro extremo de la fachada del castillo, se duplicaba el espectáculo.

Paralizado al igual que el primero, asido a los pulsadores de un cañón infrasonoro, otro individuo nimbado de luz, se elevaba lentamente.

Transportados por el aire, los dos hombres con sus temibles armas, se reunieron, englobados por la misma

luminosidad azulada.

Desaparecieron por encima de la arboleda del bosque.

Comentó Durfort:

—Una vez más acudió en nuestra ayuda la misteriosa protección oculta que mencionaste, Marc. Sin ella, el castillo se habría derrumbado sepultándonos bajo sus escombros.

Sintiéndose algo grotesco con su automática carente de utilidad, el periodista la cogió por el cañón, para tenderla al presidente de la asamblea.

—Creo que no resulta necesaria, Martel. El adversario «voló».

—Conserva tu arma, Ricart. La noche no ha terminado aún… Y, además, si hubieses tenido realmente intención de perjudicarnos, te sobró tiempo cuando nos precipitamos todos hacia las ventanas. Tú estabas armado y nosotros, no.

—Nada te asegura que no actué así por astucia, con la finalidad de ganarme vuestra estima. Un traidor, deseoso de espiar cuanto hacéis, se comportaría idénticamente.

—Pero los tuong acababan de atacar…

—¿Y crees que los tuong hubiesen titubeado ni un segundo, aun sabedores que alguien perteneciente a su secta, está presente aquí?

Un movimiento de estupor general pospuso la respuesta de Martel.

Sobre el cortinaje de terciopelo, una llama azul aureolada de malva, ondulaba encima del escudo de la Orden.

Manifestó Durfort:

—Que nadie se alarme. Ya hemos tenido ocasión de ver aparecer este signo, y no representa ningún peligro para nosotros.

La llama azul se apartó del escudo y lentamente atravesó la larga sala.

Indicó Durfort:

—Sigámosla. Creo que nos conducirá seguramente a la cripta secreta.

La misteriosa llamita les precedió, bajando la escalera en espiral, atravesando la sala de armas y penetrando en la primera cripta al fondo de la cual brillaba tenuemente el aspa horquillada.

Sin apartar la mirada del muro de grandes piedras sillares, preguntó Roland Martel al dueño del castillo:

—¿Es aquí, en la compacta masa de esta pared, que crees se producirá la abertura de la que me hablaste esta tarde?

—Sí. Ya que la llama nos ha conducido hasta aquí, es que nos llevará hacia la cripta secreta que se encuentra al interior del roquizo que sirve de base al castillo. ¡Fíjate!

Un rectángulo luminoso acababa de aparecer sobre la pared. La piedra se hacía gradualmente transparente.

Y la mampostería se abrió sobre un rellano oscuro donde se adivinaba el inicio de una escalera.

La llama azul franqueó la abertura. Cuando el último de sus seguidores hubo pasado, la pared volvió a materializarse.

Iluminada por una luz suave, la larga escalera les

llevó a la gran cripta en cuyo centro se hallaba el enigmático prisma translúcido en torno al cual fueron agrupándose.

Retrocedieron.

El prisma acababa de rodearse de una aureola azulada parecida a la llama que brillaba encima de ellos.

Y progresivamente, ante sus ojos incrédulos, el prisma empezó a crecer, aumentando de volumen.

La faceta del prisma donde antes había una estrecha concavidad, ofrecía ahora el aspecto de un porche donde un hombre podía fácilmente mantenerse en pie.

Y bajo aquel porche translúcido vieron aparecer una silueta aureolada de luz.

Apenas la silueta franqueó el porche y pisó el suelo rocoso de la cripta, su extraña luminosidad desapareció.

Quedó entonces visible un hombre de unos treinta años, delgado, pero fuerte. Calzaba sandalias, y revestía un pantalón negro, jersey también negro y larga sahariana de aviador.

Marc Ricart, en el colmo de la sorpresa, avanzó tendida la diestra.

—¡Héctor Duplessis! Es increíble... No sé qué decir...

—Entonces, deja que me presente yo mismo. Hace tiempo que soy amigo personal de Marc Ricart con quien he mantenido correspondencia desde distintos lugares, en mi calidad de arqueólogo y experto en cabalas. Podéis sin la menor duda aceptarle como uno

de los vuestros. Si se mezcló a vosotros no fue con la intención de espiar, sino porque nosotros proyectamos en su subconsciente el mismo sueño motivador que tuvisteis todos. Las voces oníricas que os impulsaron a reuniros aquí en Verclos. Vuestra actitud de reserva es lógica, puesto que aquí, el único que me conoce es Marc Ricart… y me conoce, no por completo.

—En efecto. Solamente sé de Héctor Duplessis que pertenece a una misteriosa hermandad benéfica y ultra- secreta que dispone de medios técnicos extraordinarios. De lo cual os podéis dar cuenta no ya por su modo de aparecer, sino también por la creación del campo de fuerza que envolvió el castillo y nos protegió contra los efectos de los cañones infrasonoros de los tuong.

Señaló Ricart el prisma.

—Muchas veces me pregunté en qué lugar oculto del globo, tú y los tuyos habíais camuflado vuestro cuartel general.

—¿Y lo has adivinado ya?

—Creo que sí, Héctor. Si mi interpretación neo-esoté- rica de los símbolos grabados en este prisma, es exacta, la bóveda por la que has venido, es un paso, una vía de acceso a un universo paralelo. Un escondite inexpugnable de la sociedad secreta a la cual perteneces. ¿Es así?

Sonrió Duplessis.

—Tuviste seguramente antepasados magos y brujos. Acertaste, Marc. Este universo paralelo, fue siempre el refugio de ciertos iniciados, huyendo de la injusticia y de las persecuciones. En varios sitios de la

Tierra existen criptas secretas, poseyendo cada una un prisma de esta clase que abre paso a nuestro universo paralelo.

Le escuchaban todos con intensa concentración interesada.

—De estas vías de acceso al «otro mundo», la tradición solamente ha conservado una leyenda, una imagen inexacta. La de «puertas» secretas conduciendo por galerías subterráneas, ya sea a la Aggartha, o bien a otras ciudades místicas. Son estas vías subterráneas, inexistentes, las que buscan los tuong. Por estos pasadizos ocultos, esperan poder alcanzar con mayor facilidad y menor riesgo, los lugares donde tienen que efectuar sus criminales actividades.

Intervino Roland Martel:

—Pero, realmente ¿quién eres tú, hermano Duplessis, aunque pertenezcas a nuestra organización?

—La Spes es una emanación directa de la fraternidad a la que pertenezco, Martel. Somos nosotros quienes hemos suscitado su creación, y orientado sus actividades, a través de vuestros pensamientos. En cuanto a quién soy o qué soy, podéis considerarme como vuestra luz, para emplear un término de simbolismo.

—Entonces, ¿eres tú quien preside el destino actual de esta fraternidad refugiada en un universo paralelo?

—Tengo este honor, desde hace varios meses. Y asumiré dicha función durante siete años, puesto que tal es la regla de nuestra Orden desde hace seiscientos sesenta y dos años.

Intervino Ricart maravillado:

—Empezaba a sospechar la verdad, Héctor, y acabas de confirmarla con esta cifra. Si deducimos seiscientos sesenta y dos años, obtenemos mil trescientos nueve. Exactamente el año de la abolición y exterminio de la orden Templaria. Eres, por consiguiente, el actual Gran Maestro secreto de la Orden, organización que ha sobrevivido a los siglos.

—Soy el ciento veintitrés Gran Maestro de la Orden, ya que todos mis predecesores no presidieron siete años cabales, por causa de muerte o enfermedad. Después de la ejecución en 1309, del Gran Maestro visible de la Orden, Jacques de Molay, el Gran Maestro oculto, Roncelin de Fox que residió en este castillo, desapareció... misteriosamente. Fue a él, refugiado en el universo paralelo, a quien se debe la supervivencia de los templarios que en determinados momentos han reaparecido por las vías secretas para intervenir en vuestra historia. Proseguiré vuestra iniciación «al otro lado».

Con el ademán les invitó a seguirle.

Sin el menor titubeo, Marc Ricart caminó tras él, imitado por Roland Martel y todos los miembros de la Spes.

En el umbral del porche tallado en la masa opalescente del prisma, el periodista se volvió. Carol Benson se aproximó.

Cogidos de la mano pasaron bajo el porche bañado de difusa claridad. Sus siluetas se hicieron diminutas hasta esfumarse por aquel inmenso pasadizo que parecía infinito...

CAPÍTULO XI

Despierto por completo por la asombrosa comunicación que acababa de telefonearle en persona el propio prefecto de policía, añadiendo «por orden urgente del ministerio del Interior», el comandante de la gendarmería del Departamento, telefoneó inmediatamente al teniente Dupont.

Dupont traspasó inmediatamente las órdenes urgentes de París sobre el sargento Lebrun, responsable de la dinámica brigada de gendarmería de Marsac.

Al principio, arrancado de un dulce sueño en que se imaginaba soltero y *play-boy,* Lebrun contestó:

—Mañana te voy a sacudir un buen puntapié en los fondillos, so borracho, ¿o te figuras que no te he conocido, bandolero? Eres el gracioso del pueblo, Totor, y a mí no me jeringas con bromas idiotas, animal...

La sarta de imprecaciones muy peculiares del teniente Dupont, convencieron por fin a Lebrun que el telefonazo y el mensaje procedían de su superior.

Maquinalmente irguió el busto y saludó marcialmente, en pijama y sentado sobre el blando colchón.

Minutos después, la furgoneta de la gendarmería de Marsac enfilaba la carretera en dirección a Verclos mientras que al lado del conductor el sargento Lebrun, refunfuñaba:

—No me quitan de la cabeza que es una broma idiota, Goret.

—Pero usted ya comprobó, digo yo, dijo usted, que el telefonazo procedía del teniente Dupont quien a su vez acababa de recibir un telex de la Prefectura por orden urgente del Interior.

—Claro que lo comprobé, hombre. Pero esto no impide que pudieran anónimamente contarle bulos al ministro… Veamos, Goret, ¿usted cree en este cuento de terroristas que, según parece, nos serán entregados a las cuatro en punto de la madrugada ante la alcaldía de Verclos? Dígame, ¿lo cree?

—Yo tampoco, mi sargento.

El gendarme empleó prudentemente esta fórmula cuyo sentido no le comprometía.

—¿Ve usted, ve usted? ¿Terroristas en esta campiña de patanes apacibles? ¿Qué harían? ¿Asustar vacas? Estos tipos de la capital están mal del seso, con tanta polución y ruidos trepidantes.

La furgoneta se arrimó al extremo de la plaza del pueblo. Una plaza bastante larga, pero estrecha.

Los refuerzos anunciados por Dupont llegaron un cuarto de hora más tarde, y rápidamente un cordón de gendarmes se desplegó en torno a la plaza, arma en mano, dispuestos a intervenir al menor incidente.

La opinión del sargento Lebrun prevalecía entre sus colegas: Se trataba de un bulo.

Otro, más sutil, sospechaba de una treta de *gangsters* bien organizados. Mediante este bulo, dichos *gangsters* desguarnecían Marsac y Trencavel de sus fuerzas del orden, y así podían tranquilamente desvalijar las Cajas de Ahorros y la del Crédito Agrícola.

El badajo del campanario desgranó los cuatro toques. El silencio recayó sobre el plácido pueblo de Verclos.

El sargento Lebrun fue a reunirse con el teniente Dupont, junto a la fuente del centro, y emitió su parecer.

—Salvo su mejor opinión, mi teniente, nos han tomado el pelo.

—Empiezo a creer que en efec…

Quedó boquiabierto, en alto los ojos hacia un extraño fulgor que se distinguía en el cielo a través de las ramas de la acacia sombreando la fuente.

Rápidamente perdiendo altura, el objeto ofreció el aspecto de una esfera luminosa.

El sargento Lebrun exclamó:

—¡Sopla! Hay algo dentro de este trasto luminoso.

—Serán mar…, marcianos —balbució el gendarme Goret.

Rebatió Dupont:

—Para ser marcianos, tienen la pinta de cualquier hijo de vecino. Dos tipos envueltos en luz, inmóviles como estatuas, ojeando tras una especie de telescopios. Pero ¿cómo demonios pueden volar?

—Tal vez agarrados del telescopio, mi teniente —sugirió Goret.

Gradualmente la bola de luz perdió brillo y se apagó.

La plaza del pueblo volvió a quedar iluminada por las anémicas farolas.

Los dos sujetos voladores quedaron en pie. Soltaron los mandos de sus extraños telescopios y

dejaron caer los brazos a lo largo de sus cuerpos, permaneciendo como paralizados.

Un poderoso reflector fue enfocado hacia ellos.

Conminó el teniente:

—¡Manos arriba, malandrines!

Y añadió asombrado:

—Parecen chinos.

—A lo mejor tienen ictericia —opinó Goret.

Pestañeando, fija la mirada, los dos tuong no se movían pese a que Dupont, nerviosamente, reiteraba la orden de que alzasen las manos.

Dedujo Goret:

—No deben entender el francés, si son de la China.

El teniente le miró colérico.

—Cuando alguien se ve rodeado de gente con pistolas, fusiles y metralletas, levanta las manos aunque sea sordomudo. Y usted, cállese ya, que me pone frenético con tanta majadería.

El oficial avanzó, índice sobre el gatillo, y con el gesto les hizo comprender que se volvieran para ser cacheados.

Pero los dos orientales siguieron sin moverse, inexpresivos.

Intrigado el oficial descubrió entonces sobre la frente de los dos tuong un grabado rojo.

Un escudo representando un globo terrestre ceñido por una cadena.

Se preguntó Dupont en voz baja:

—¿Qué demonios significa todo esto?

La respuesta solamente la sabría a la mañana siguiente, cuando el Ministerio del Interior hizo

público el misterioso mensaje traído aquella noche, y a galope, por un «supuesto» caballero de la Orden Templaría.

El mensaje enigmático anunciaba:

La orden Templaría informa al Gobierno francés que esta misma noche a las cuatro, dos de los autores de las catástrofes ocurridas en Rejus y en Briskhaven, serán entregados a la gendarmería. Estos dos criminales afiliados a la secta mercenaria de los tuong serán entregados con sus armas, en la plaza pública del pueblo de Verclos. Las armas son cañones infrasonoros.

»El sello que marca en la frente a estos dos asesinos es el de la organización Spes, injustamente acusada de haber perpetrado los dos atentados. La Spes es filial de los templarios y en ciertas circunstancias particulares remplaza la justicia normal.

«Todo intento de identificar a los miembros de esta sociedad y nuestra Orden será inútil. Nuestro Cuartel General y nuestras bases están fuera de vuestro alcance. Tampoco deseamos establecer contactos con los Gobiernos de las naciones, ya que nuestra misión es preparar una Era nueva, donde no existirán la miseria ni los privilegios.

«Cuando sea el momento, la orden Templaría renovada reaparecerá a la plena luz del día. Pero esta hora todavía no ha llegado.

En la franja inferior del grueso pergamino, un sello de lacre llevaba el escudo de la Spes.

El hecho de que los dos tuong hubiesen sido realmente entregados y de modo espectacular,

puntualmente, con la marca en la frente de la Spes, había impresionado fuertemente a todos los Gobiernos del mundo entero.

La propaganda insistía en que se trataba de seres de otro planeta, aunque pacíficos.

El razonamiento era lógico.

Ningún país del mundo podía disponer de medios que las redes de espionaje no conociesen, y que permitían hacer bajar del cielo a dos tuong.

Con sus armas desconocidas de rayos infrasonoros.

Aprisionados en una esfera luminosa.

CAPÍTULO XII

Marc Ricart y sus acompañantes caminaban hacia la luz que veían asomar como al extremo de un largo túnel.

Bajo el porche de un prisma idéntico al de la cripta, emergieron en el patio de un gran edificio. Un patio bordeado de columnas e inundado de sol.

Comentó Ricart:

—De las tinieblas de la cripta nos has conducido hacia la claridad, Héctor. Esto evoca un trayecto iniciático.

—Lo es simbólicamente.

Atravesando el patio penetraron en un largo corredor en el cual, a uno y otro lado, se abrían numerosas puertas.

Explicó Héctor Duplessis:

—Durante vuestra estancia entre nosotros, residiréis en el anexo de este edificio. En los cuartos puestos a vuestra disposición encontraréis ropa adecuada. Id a cambiar vuestra ropa. Nos volveremos a encontrar bajo las arcadas del patio.

Fueron todos a cambiar su traje, o el *short* y camisa de camping por túnicas de claro azul, largas, con cinto cuyo broche ostentaba un aspa de brazos aspeados en su extremo.

Encontraron a Duplessis bajo las arcadas del patio. Llevaba un largo manto blanco, prendido al cuello con cadenilla.

Les precedió entrando en una sala de muros desnudos.

—Vais a ser recibidos en el seno de nuestra Orden. Formad tres filas y seguidme.

Presionó un botón junto a una puerta de roble claveteado, que se abrió sobre tinieblas.

Lejos, ante ellos, brillaba en alto un tenue resplandor amarillo.

Recorrieron unos cincuenta pasos, y se detuvieron al indicarlo Duplessis. A derecha e izquierda se oían crujidos y jadeos de respiración.

La luz amarilla acrecentó su intensidad revelando los contornos de una estatua. La de una mujer de una fascinante belleza, revestida de túnica de oro, erguida sobre un pedestal.

De tamaño natural, la estatua parecía esculpida en un bloque de oro puro cuyos destellos iban revelando a los neófitos el lugar donde se hallaban.

Una larga sala con proporciones de templo.

A derecha e izquierda, sobre peldaños de mármol, se alineaban caballeros templarios con su atuendo medieval. Empuñaban con ambas manos la espada cuya punta descansaba en el suelo entre sus pies.

Al lado del pedestal con voz que resonaba en la amplia sala inundada de luz dorada, dijo:

—Esta estatua que nos baña con su luz no es la de una diosa. Ella es Clara, y simboliza Amor y fraternidad. En ella nosotros, los nuevos templarios, vemos la Sabiduría. Aquí, en este mundo idéntico al que tuvieron que huir antaño, nuestros antepasados descubrieron una población bastante parecida a la suya, con sus guerras y miserias. Lograron integrarse en él, a dominarlo para orientarlo hacia nuevos

caminos, tras instaurar la paz gracias a unos luchadores implacables para los mercaderes de guerra y especuladores. Gobernado con sensatez y mesura, el pueblo fue el gran beneficiario de esta Orden practicando la fraternidad y la verdadera justicia.

Alzando su espada, Héctor Duplessis terminó:

—Por vuestro valor moral sois dignos de ingresar en nuestra fraternidad. En virtud de los poderes que me han sido otorgados por los dignatarios del Consejo supremo, os pido que prestéis juramento mental de fidelidad antes que proceda a vuestro espaldarazo como miembros de nuestra Orden.

Ricart y los representantes de la Spes, fueron aproximándose de tres en tres.

La hoja de la espada empuñada por Duplessis les tocó de plano sucesivamente el hombro derecho y el izquierdo.

En triple columna volvieron a atravesar la majestuosa sala bajo la bóveda de acero formada por las espadas de los caballeros alineados a ambos lados.

Las puertas del templo se abrieron mientras la luz del sol inundaba el recinto. Ricart y sus acompañantes quedaron fascinados por el maravilloso espectáculo que les ofrecía el paisaje.

Edificado sobre un promontorio, el templo dominaba una ciudad colosal de edificaciones enormes.

Irradiando del templo, se extendían hasta perderse de vista, avenidas bordeadas de grandes árboles y setos floridos.

Parques y jardines entremezclaban sus manchas

verdes con el blancor de los edificios que se esparcían por la llanura en la que espejeaban las azulinas aguas de lagos y estanques.

Vehículos silenciosos cubiertos por una burbuja de plexiglás, surcaban las anchas vías de comunicación.

En el cielo, a instantes, unos gigantescos aerobuses destellaban como esmeraldas fugaces, mientras que muy a lo lejos de la formidable ciudad, se erguían las ojivas rutilantes de lo que debían ser unos cohetes.

Héctor Duplessis informó:

—Inesperado, ¿verdad? Aquellos cilindros de metal que brillan a poniente, en los confines de Clarapólis, que es el nombre de nuestra capital mundial, son astronaves, cargueros espaciales que enlazan regularmente la Tierra, «esta Tierra nuestra», con otros planetas y mucho más allá, con otros sistemas estelares.

La estupefacción con que le escuchaban le hizo sonreír complacido.

—Sí, amigos míos, he aquí lo que hemos hecho, he aquí la orientación que hemos sabido dar a la civilización, a la sociedad de este mundo liberado de tiranías y miseria. En menos de siete siglos hemos podido instaurar la sinarquía benéfica que deseamos para la Tierra, la Tierra de la cual procedéis. Hoy, en vuestra Tierra, lanzan dificultosamente cápsulas espaciales en torno a la Luna, cuyo suelo ha sido pisado recientemente, pero por un número reducido de cosmonautas. Vuestros adelantos tecnológicos son comparables a los que ya habíamos alcanzado nosotros hace unos doscientos años.

Asentían sus oyentes viendo la panorámica de Clara- pólis.

—Hoy, nuestras naves espaciales enlazan entre sí, quince sistemas solares dirigidos por la Carta de los Mundos Confederados gobernados por los templarios. Nuestros luchadores poderosamente armados, al anular todo intento de guerra, han orientado la actividad de los pueblos hacia la conquista del espacio. Es preferible estimular a los hombres a la conquista pacífica del espacio que hacer que se maten entre ellos en los campos de batalla.

Intervino Ricart:

—¿Por qué los neo-templarios no han decidido intervenir entre nosotros con el fin de poner justo orden y acabar con la agresividad humana?

—Porque no ha llegado aún el momento oportuno, pero se acerca ya este momento. En primer lugar ya hemos comenzado a sensibilizar la opinión pública en la de la supervivencia templaría, idea que hasta hoy solamente era pregonada por una élite de espíritus superiores y clarividentes.

—¿Y cómo lograrás que la gente normal sepa de vuestra existencia?

—Hemos enviado ya entre vosotros, para despertar las imaginaciones dormidas, a varios de los nuestros, revistiendo el atavío templario. Montados a caballo.

—Algunos alegarán que es una farsa.

—Pero el propio ministro del Interior recibió un mensaje anunciándole que íbamos a entregar a los responsables de la destrucción de la presa de Rejus y de Briskhaven. La Prensa, la radio y la televisión de

todos los países se harán eco de estos «prodigios», debidos a una misteriosa supervivencia de los Templarios.

—¿Cuanto sucedía en el castillo de Verclos, a qué era debido?

—Hemos suscitado en determinados lugares, antiguas sedes nuestras, numerosos fenómenos inquietantes, para quitarles el deseo a sus propietarios de residir en dichos lugares.

—¿Estos lugares poseen también criptas secretas provistas de un prisma cuyo porche se abre sobre este otro mundo, no es así?

—Así es, Marc. Son «Puertas» profundamente enterradas en el suelo, bajo los cimientos de los edificios. Muros gruesos y compactos cierran el acceso de los subterráneos que a dichas Puertas conducen. Solamente nuestros campos de fuerzas modificadoras de la estructura molecular, atómica y subatómica de estos muros pueden practicar en ellos una abertura temporal.

—Alguien podría hallar el medio de encontrar el acceso.

—Son estas Puertas las que los tuong buscan incansablemente, ya que grupos financieros de gran potencia les han ofrecido una crecida recompensa por dicho hallazgo. Pero es inútil. Aunque lograsen descubrir una de las criptas secretas, el prisma que hallarían, minúsculo pero pesando millares de toneladas en su reducción másica, les impediría seguir adelante. Nunca podrían sospechar que se trata de un dispositivo del *continuum spatio-temporal* enlazando

vuestro universo con el nuestro.

Héctor Duplessis explicaba aquel misterio de los universos paralelos con sencillez, tratando de que sus oyentes lo asimilasen.

—Además, la puesta en activación de este prisma, su creciente desarrollo controlado, se operan desde nuestro universo paralelo, y nada ni nadie, entre vosotros, podría poner en marcha esta activación.

Comentó el hindú Brent Chandiram:

—Pero estas Puertas abriendo sobre el *continmm* espacio-tiempo, no ignoras que ya nuestras lejanas tradiciones hacen alusión a su existencia. El Ramayana habla de una de estas vías subterráneas, en el sentido de ocultas, dando directamente a Abydas, la ciudad mística donde residiría el rey del mundo. ¿Qué debemos deducir? ¿Abydas es un mito o es una realidad?

—Es un mito para vuestro mundo, pero es una realidad en el nuestro, Brent Chandiram. Abydas es el fruto de un recuerdo confuso, de una ciudad edificada aquí, por instructores venidos del lejano espacio y que pasaron luego a vuestro mundo, conservando el secreto, aunque dejasen escritos cabalísticos.

Argumentó Brent Chandiram:

—Esto es válido para la Abydas Soleada, la benéfica. Pero en la antigua India, al igual que entre los tuong de hoy, se creyó en la existencia de una Abydas Tenebrosa, reflejo maléfico de la Soleada, según el eterno dualismo del Bien y del Mal.

—También esto es verdad, Chandiram —aprobó Duplessis—. Esta Abydas Tenebrosa, existe realmente,

en los confines de la Mongolia. Conocemos perfectamente el emplazamiento de esta ciudad. Y destruiremos la Abydas Tenebrosa. Muy pronto.

—¿A qué se debe tanta seguridad?

—La Puerta que da acceso a la Abydas Tenebrosa, a través del espacio-tiempo *continuum* se halla exactamente a doscientos metros de aquí, en el ala derecha del templo central.

Y señaló Héctor Duplessis un pequeño edificio de cúpula dorada.

CAPITULO XIII

Al término de un ágape suculento, Héctor Duplessis condujo a los nuevos miembros a un ala del templo que albergaba una vasta sala de controles.

En su centro se extendía un largo pupitre de mandos provisto de palancas, botones, pulsadores, diales, medidores y pantallas de tamaños diversos.

Las paredes estaban recubiertas de cuadrantes y discos luminosos, alternando con otras pantallas.

Los técnicos, vistiendo todos túnica azul claro, controlaban las imágenes que desfilaban por las pantallas, emitían órdenes por los micros o contestaban a llamadas.

Expuso Duplessis:

—Este es el complejo cerebro de nuestra organización. Desde esta sala y otras a diversos planos en los sectores subterráneos, controlamos los principales lugares del planeta, pero también las grandes capitales de vuestro mundo. He querido que veáis esta sala porque tenéis que estar preparados para soportar una prueba muy próxima. La prueba del fuego.

—¿Bautismo de guerra? —preguntó Carol Benson.

—Digamos la de la acción directa, peligrosa.

—¿Contra qué raza? —preguntó el hindú Chandiram.

—Los templarios desconocemos las razas y las fronteras, Chandiram. No hacemos distinción alguna entre franceses, alemanes, rusos, americanos, árabes, israelitas. Seguimos un principio fundamental de

sensatez y según el cual los hombres nacen todos iguales, aunque todos, con el transcurso del tiempo, no sean buenos. Estos últimos, los que hacen de la maldad un medio de triunfar, sea cual fuere su raza, son nuestros enemigos. Los demás, todos, son nuestros hermanos.

Doblando en cruz los brazos ante el pecho, saludó reverente el hindú.

—Reconforta mi corazón oír tus credos, gran maestro Duplessis.

—Me agrada que así sea. Y ahora prosigamos con lo que os decía… Vais a ser divididos en seis grupos de diez. Cada uno de estos grupos será encuadrado por diez templarios encargados de dirigir las operaciones. Tenéis derecho a aceptar. El mismo derecho os pertenece de no aceptar.

Antes las denegaciones espontáneas y unánimes, sonrió Duplessis:

—Sabía de antemano que aceptaríais esta prueba. Designaré pues mi equipo y confiaré los demás al cuidado de sus respectivos iniciadores.

Recorrió con la mirada a los alineados en tres hileras, y citó:

—Roland Martel, Carol Benson, Katleen Angus, Marc Ricart, Denis Durfort, Duff Clifton, Abel Mulujdi, Sara Bernstein, Lionel Saylor y Brent Chandiram. Seguidme, por favor.

Abandonaron el extenso puesto de mando para entrar en una sala contigua provista de diez armarios metálicos.

—Estos armarios ya están etiquetados con vuestras

identidades. Esto demuestra mi certeza de que aceptaríais. Encontraréis un nuevo ropaje. Cinto especial, cota de mallas, yelmo moldeado en un material plástico tan resistente como el acero y cuyo aspecto tiene. Esta materia posee la ventaja de ser opaca y brillante al exterior, pero transparente desde el interior. Así podéis ver sin ser vistos.

Abrieron cada uno su armario correspondiente, revistiendo sobre la túnica la cota de mallas, ligera pero blindada.

Ciñeron el cinto dotado de un broche pesado y voluminoso.

Por fin enfundaron en el tahalí al costado del cinto, una espada que en contraste con su tamaño, era asombrosamente ligera.

Comentó Ricart:

—En toda mi vida, solamente una vez cogí un florete de esgrima y confieso apenado, que soy una calamidad, Héctor.

—No te inquietes por ello, Marc. Esta espada templaría al servicio de un buen esgrimidor es temible, pero es sobre todo tremendamente eficaz... a distancia.

—¿A distancia?

—Rodeadme para que os explique su manejo.

Desenfundando la suya, expuso Duplessis:

—La voluminosa y larga empuñadura de la espada encierra un dispositivo generador de ondas, derivado del láser, capaz de fulminar a un hombre a cincuenta metros. En la guarda misma de la empuñadura se encuentran el gatillo y el seguro. Como podéis ver, el manejo de esta arma es muy sencillo.

Asintieron todos y agregó Duplessis:

—El broche de vuestro cinturón contiene un emisor- receptor, cuyo micro de alta frecuencia está inserto en las muñequeras de cuero de vuestra cota de mallas. Ahora id a descansar. Nadie os molestará y tened en cuenta que pronto será de noche, ya que este universo es paralelo, pero antípoda al vuestro. Mañana, al amanecer, volveremos a reunimos.

* * *

Hacia la medianoche, la puerta de uno de los cuartos puestos a disposición de los miembros de la Spes, se abrió silenciosamente desde su interior.

Una sombra se deslizó por el largo corredor en tinieblas.

Revistiendo su túnica azul claro, y cubierta con el yelmo la cabeza, la figura avanzaba, empuñando la espada fulminante.

Al llegar al patio central, bajo las arcadas, la sombra titubeó.

La noche era clara, y todos parecían dormir. La silueta caminó bajo las arcadas, parándose a veces a la sombra de una columna, tendiendo el oído y volviendo a caminar.

No había nadie en la plaza-patio.

La enorme Clarapólis extendía sus edificios y jardines hasta el infinito, salpicada de innumerables luces.

Un aerobús con su triple hilera de lucernas iluminadas atravesó el cielo como una flecha, sin ruido.

El misterioso rondador nocturno bajó los siete

peldaños de mármol y se dirigió hacia el ala derecha.

Hacia el pequeño edificio de dorada cúpula que albergaba la Puerta tridimensional dando directamente acceso a la Abydas Tenebrosa, la ciudad secreta de los tuong.

La sombra se adhirió al umbral cerrado. Sus dedos aprisionaron el abridor de hierro de la maciza puerta de roble. El pestillo se descorrió y el pesado batiente de madera fue abriéndose sin chirriar sobre sus bien aceitadas bisagras.

El desconocido se deslizó al interior, cerrando rápidamente la puerta y reteniéndola al final de su ajuste para evitar cualquier ruido.

Del bolsillo lateral de su cinto extrajo una micro-linterna cuyo delgado haz luminoso paseó en torno.

Avanzando, descubrió progresivamente una doble hilera de gruesas columnas conduciendo hacia un gran prisma translúcido.

Duplicado exacto del que estaba en la cripta secreta del castillo de Verclos.

Un cuadro de mando, muy complejo, se enmarcaba en la última pilastra de la hilera.

El visitante nocturno enfocó su linterna sobre aquel panel.

Imprecó furioso.

Las indicaciones en cada uno de los mandos estaban inscritas en caracteres cripto-templarios. Signos misteriosos que ningún criptógrafo pudo jamás descifrar.

Súbitamente el techo del edificio irradió una gran claridad.

El intruso saltó del sitio, estremecido como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

Alzó la espada, quitando el seguro de la empuñadura.

Se estremeció de nuevo al ver aparecer desde detrás de cada una de las columnas a un miembro de la Spes.

Esbozó un movimiento de huida hacia el porche del prisma gigante, y se detuvo bruscamente.

De atrás del prisma acababa de salir el maestro comendador templario Héctor Duplessis.

Desde la primera columna se aproximó Marc Ricart al que acababa de caer en la trampa.

Con entonación amable desmentida por el endurecimiento de sus facciones, comentó el periodista:

—Por lo visto pretendías abandonar a tus compañeros. Deseabas volver a la Abydas Tenebrosa, ¿verdad? Ya puedes quitarte el casco, Brent Chandiram. Ya estás calado, hombre.

Rodeado por sus ex compañeros, el hindú, con expresión de fiera acorralada, se había adosado a una columna.

—Cometiste un leve error, Chandiram, la noche en que tu cómplice tuong vino a incendiar nuestras tiendas bajo las cuales pensaba asarnos. Haz memoria… Llegaste después del atentado. Te uniste a los demás para apagar el conato de incendio, y me dijiste más o menos: «Fue una suerte que la luz bajo vuestras tiendas hiciese creer al tuong que estabais dentro. Si no te hubieses reunido con Carol bajo su

tienda, seguro que hubieses muerto achicharrado».

Chasqueó Ricart el pulgar contra el dedo medio a poca distancia del rostro cubierto por el casco.

—Para conocer este detalle, era forzoso que desde lejos hubieses seguido el desarrollo de la actividad de tu cómplice. Pero no pudiste prevenirle a tiempo y advertirle que yo había abandonado mi tienda para reunirme con Carol. Era demasiado arriesgado y preferiste sacrificarlo.

La cabeza oculta por el casco denegaba lentamente.

Pero el periodista prosiguió:

—Infiltrado en la Spes, era más importante para ti quedarte, que correr el riesgo de hacerte desenmascarar acudiendo en ayuda de un agente subalterno, un vulgar mercenario asesino.

Carol Benson acudió para acusar colérica:

—Remplazaste al hermano hindú que esperábamos y que descubierto por los tuong debió morir atrozmente torturado.

Fatalista, el hindú encogió los hombros y amagó el gesto de tirar su espada.

Pero presionó bruscamente el gatillo para rociar en semiarco a los que le habían desenmascarado.

No surgió ningún rayo fulgurante. El hindú contempló su arma con estupor.

Ricart le arrancó la espada de las manos, y con el plano de la hoja le aplicó un violento golpe sobre el antebrazo que le hizo exhalar un gemido ronco.

—Un pequeño anticipo sobre la factura que nos debes por el asesinato del que torturasteis en Calcuta.

Héctor Duplessis señalando la espada que le había arrebatado el periodista, explicó:

—Ahí tienes la prueba complementaria de nuestra desconfianza hacia ti. Fue un arma inutilizada la que colocamos en el armario marcado con tu nombre. Apenas me comunicó Ricart sus bien fundadas sospechas, decidimos tenderte una trampa. Por esto indiqué sin darle importancia a la cosa que este lugar alberga la Puerta conduciendo a la Abydas Tenebrosa, persuadidos de que, avanzada la noche, tratarías de reunirte con los tuyos, para informarles. Y caíste en la trampa tal como supusimos.

El hindú ostentó un rictus sardónico.

—Bien... He jugado y he perdido. Podéis ejecutarme.

CAPÍTULO XIV

Secamente manifestó Duplessis:

—No somos matarifes, Chandiram.

—Mi vida no cuenta por comparación a la obra a la cual los tuong nos hemos consagrado. Pero antes de morir, ¿puedo preguntar algo, Duplessis?

—Pregunta.

—Este prisma, ¿permitía realmente llegar a la Abydas Tenebrosa?

—En efecto. Basta ajustar los mandos de dirección sobre las coordenadas de espacio-tiempo correspondientes a las de la Abydas Tenebrosa, bajo tierra en la cadena montañosa de Kuen-Luen. ¿Satisfecho, Chandiram?

—Permíteme otra pregunta. ¿Sabes exactamente qué hora es en este momento en Washington?

La pregunta inesperada, incoherente, sorprendió a los oyentes.

Tras un rápido cálculo con la reglilla anular movible de su cronógrafo, informó Duplessis:

—En este mismo instante, son exactamente las veintitrés cincuenta y cinco minutos en Washington.

Relucientes los ojos de fanática alegría, exclamó el hindú:

—¡Magnífico! Dentro de cinco minutos exactamente, una de las bombas H alojadas en una nave orbital soviética será descargada sobre Washington.

—¡Esto es imposible! Olvidas el radar, el sonar, las pantallas de vigilancia.

—El telemando funcionará desde un barco de pesca con pabellón panameño, haciendo cabotaje por el litoral de Haití. Este barco camufla instalaciones electrónicas perfeccionadas que desencadenarán la expulsión de la bomba-cohete, a la vez que perturbará las ondas de las estaciones-radar de la costa oriental americana.

Y con expresión de gozoso triunfo agregó Chandiram:

—En los minutos que seguirán a la destrucción de Washington, el plan de réplica se pondrá en funcionamiento y los cohetes termo-nucleares yanquis irán a aniquilar las principales ciudades de la Unión Soviética que estará por completo ignorante y es ajena al estallido del conflicto.

El anuncio de la espantosa noticia sumió en consternación a los miembros de la Spes.

Terminó Chandiram su exuberante comunicación, afirmando:

—Ahora, ya puedo morir a gusto.

Rebatió Duplessis ceñudo:

—No, Chandiram, no morirás a gusto. La aparente trivialidad de tu pregunta relativa a la hora de Washington me hizo comprender que disimulaba alguna segunda intención, carente de bondad, al proceder de ti. Por ello te engañé. No son las veintitrés… ahora, las cero horas, en Washington, sino las veintidós treinta. Caíste una vez más en tu propio cebo. Disponemos pues de una hora y media para intentar evitar esta catástrofe irremediable. Nos ofreciste por maligno resentimiento, un informe que ni

la tortura te habría arrancado.

Un furor incontenible convirtió en energúmeno al tuong que se distendió felinamente adelantadas las manos para tratar de estrangular a Héctor Duplessis.

Marc Ricart presionó el pulsador de su espada.

Un surco fulgurante segó al hindú por la mitad.

El cuerpo cortado en dos porciones se agitó en sobresaltos postreros calcinándose en breve tiempo.

Duplessis se había precipitado hacia el cuadro de mandos instalado en la columna cercana al prisma.

Presionó un botón y el ulular siniestro de una sirena rasgó la noche, mientras iba dando breves órdenes en un micro.

Unos comandos en escuadrilla de veinte aeronaves despegaron surcando el cielo, como extrañas medusas fosforescentes.

Su aura luminosa se desvaneció en el universo de Clarapólis para aparecer en el de la Tierra formando como un penacho de fuegos artificiales surgidos de la nada.

La escuadrilla se dividió en dos, una de ellas disparada hacia Haití, la otra en vertical de una rapidez ascensional que hubiera hecho palidecer de envidia a los técnicos de Cabo Kennedy y a los de Baikonour.

Al lado de Duplessis, que pilotaba el aparato-director de la escuadrilla dirigiéndose hacia el este del horizonte terrestre, preguntó Ricart inquieto:

—¿Cómo vais a identificar el satélite soviético portador de bombas, Héctor? Hay centenares de artefactos similares, americanos y rusos, gravitando en

torno a la tierra desde hace años, sin contar los múltiples elementos de sus cohetes portadores que todavía no han descendido para consumirse en la atmósfera.

—Al igual que rusos y americanos han establecido cuidadosamente de común acuerdo, el repertorio de estos artefactos temporalmente en órbita, también nosotros hemos localizado sus coordenadas precisas. El arma definitiva, absoluta, pregonada por el Soviet fue efectivamente lanzada en octubre del 69, por los técnicos de Baikonour.

—No fue descrita.

—Tenemos nuestro servicio especial de información, Marc. Se trata de un satélite automático cargado con quince bombas-cohetes termonucleares. Su desprendimiento y disparo puede ser telemandado desde Kaluga, la base aereoespacial al suroeste de Moscú. Y también desde otras bases y navíos repartidos por los diversos océanos. Pero como la guerra entre los dos bloques dominantes no era, ni es, posible, por el momento, dejamos para más tarde la tarea de quitarles la espoleta-percutor a estas bombas… Fue un error, por parte nuestra. Pero lo vamos a enmendar.

Se inclinó sobre la pantalla televisora donde, tras su llamada, apareció la imagen de un piloto, en los mandos de otra aeronave.

—¿Preparado, capitán Bayard?

—Preparado, comendador Duplessis. Mi equipo técnico ya ha revestido las «vacío-escafandras».

—Perfecto. Estamos en la órbita. Alcanzad el

satélite y quitad el cebo de explosión a todas las ojivas… menos a una, que llevaréis al pañol de la aeronave *Clara Seis*. Cierro.

Los ocupantes de la aeronave-directora concentraban ahora sus miradas en la pantalla donde, en un punto del espacio, similar a un insecto de pesadilla erizado de antenas y excrecencias, acababa de aparecer el satélite soviético.

El aparato pilotado por Bayard se dirigía rectamente hacia el temible artefacto.

Otro mensaje fue plasmándose en los audífonos.

—Acabamos de localizar el supuesto barco de pesca panameño, fuera de las aguas territoriales de Haití.

—¿Identificación segura?

—Totalmente, comendador.

—Hundid el barco inmediatamente. Comunicadme su inutilización. Cierro.

Ahora, a través de la cúpula transparente del aparato-líder, Ricart y los otros ocho miembros del comando aéreo que estaban recibiendo «su bautismo de fuego», contemplaban un espectáculo prodigioso.

Cosmonautas, duplicados sus volúmenes por las escafandras especiales, salían de la aeronave pilotada por Bayard, aglutinándose en derredor del satélite soviético.

El panel lateral fue rápidamente abierto, y seis de aquellos técnicos se internaron en la nave espacial mientras los otros cuatro, en el exterior, se desplegaban bajo el gran panel inferior.

Parecían flotar, inmóviles, y, sin embargo,

acompañaban la carrera orbital del artefacto animado de una velocidad aproximada a los treinta mil kilómetros por hora.

El pañol inferior, manipulado desde el interior, se abrió cediendo paso a un largo huso metálico.

La ojiva termonuclear de la que se apoderaron los cuatro técnicos para llevársela accionando sus reactores dorsales.

Desaparecieron con ella al interior de la aeronave *Clara Seis,* contigua al aparato-líder.

La imagen de un piloto reapareció sobre la pantalla para anunciar:

—El barco ha sido hundido, totalmente anulado su equipo electrónico.

—Enhorabuena. Regresad a Clarapólis. Comprobad si todo está dispuesto para la última fase de la operación. Cierro.

Consultando su cronógrafo, comentó Duplessis:

—Las veintitrés cincuenta y seis minutos. Cuatro minutos más... y la hecatombe se producía.

La pantalla volvió a iluminar. El piloto de la *Clara Seis* participó:

—La ojiva con su detonante y explosivo está a bordo, comendador. El equipo técnico está transbordando las otras descargas, en los pañoles de los aparatos previstos a estos efectos.

—Gracias, *Clara Seis.* Rumbo a Clarapólis y precédase a la ejecución de la última fase de la operación. Cierro.

CAPÍTULO XV

En el centro de la larga cadena montañosa de Kuen-Luen, frente a titánicos acantilados del Altenkiag, se abría una caverna a cuya boca llegaba antaño un sendero.

La secta de los tuong había, primeramente, ensanchado el sendero, para más tarde compactar una carretera rigurosamente vigilada.

En las entrañas de aquella altitud, una serie de gigantescas cavernas albergaban la Abyda Tenebrosa.

Una ciudad subterránea multimilenaria donde habían reinado los jefes de diversas organizaciones secretas que a lo largo de la historia, ensangrentaron con sus incursiones implacables diversos territorios asiáticos.

De aquellas sectas nefastas y maléficas, los tuong eran los sucesores. Fanáticos energúmenos mercenarios a sueldo de ciertos grupos financieros, interesados en mantener en estado de constante alarma bélica al mundo entero.

Bajo la bóveda rocosa donde se extendía la base moderna de los tuong, se entremezclaban los alojamientos trogloditas y las semiesferas de hormigón protegiendo los laboratorios ultrasecretos.

Súbitamente en la quietud ambiental se produjo una efervescencia.

De todas partes, acudían vigilantes de negros uniformes, atraídos por el vocerío alarmado de un grupo de tuong.

Gesticulaban en torno a una extraña ojiva metálica

que, según explicaban, acababa de aparecer espontáneamente sobre el suelo de la gruta.

Ceñido en su uniforme negro, un oficial tuong de vigilancia, de ojos sesgados, reducidos ahora a rendija brillante, se aproximaba.

Apartando con su fusta a sus subordinados, examinó con curiosidad el largo cilindro brillante, rematado por un cono.

Preguntó autoritario:

—¿Quién ha traído esto aquí? ¡Cesad de repetir estúpidamente que este artefacto vino solo y por su cuenta! ¿Cuándo lo entregaron?

Un tenso y total silencio le exasperó:

—¡Vuestros cerebros son calcetines llenos de serrín y excrementos! Nuestros laboratorios no han sido informados de la llegada de esta ojiva que, tengo la certeza, ha sido sustraída de los arsenales de estos sapos de rusos. Se cuidarán de examinarla nuestros científicos, pero atención a mi última pregunta: ¿Quién firmó el albarán de entrega?

Ante la mímica general de negativas el oficial tuong se limitó a escupir la peor injuria de su raza, mixta de tártaro y manchú:

—¡Hijos de huevo de tortuga!

Se abrió nuevamente paso a fustazos, dirigiéndose hacia la escalera tallada en la roca y que conducía a los laboratorios.

* * *

La aeronave pilotada por Héctor Duplessis planeaba ahora a veinte mil metros sobre los montes Kuen-Luen.

Señaló Duplessis la gran pantalla telescópica.

—¿Veis aquel monte dentellado que proyecta su sombra contra el flanco de la montaña vecina? La entrada de la Abydas Tenebrosa está situada a la izquierda del extremo oriental de esta sombra, pero no podéis percibirla, como tampoco la carretera, pese al poderoso alcance óptico de nuestras cámaras televiscópicas.

En una de las pantallas enlazando con las otras aeronaves de la escuadrilla, apareció la imagen del piloto Bayard.

—Todo dispuesto, comendador. Acabo de despegar de Clarapólis. La ojiva ha sido dirigida hacia su objetivo donde la hemos hecho materializarse hace apenas tres minutos.

—Gracias, Bayard. Cierro.

Héctor Duplessis empuñó una palanca que encajó entre dos muescas iridiscentes, mientras murmuraba:

—El contactador de encendido.

Ante los ojos fascinados de sus acompañantes, en la pantalla televiscópica el flanco de la montaña se hinchó de pronto.

Un resplandor enorme precedió la terrorífica explosión que pulverizó una parte de los montes Kuen-Luen.

En medio de un estruendo de apocalipsis, la Abydas Tenebrosa acababa de ser aniquilada.

Reducida a torbellinos polvorientos que impulsaba hacia la estratosfera una seta colosal, púrpura y anaranjada, surcada por relámpagos fulgurantes.

—La cabeza de hidra de los tuong ha sido

extirpada —declaró gravemente Duplessis—. Tardarán los restantes tuong esparcidos por el mundo en rehacer su organización. Esto nos dejará una tregua suficiente para implantar la creciente influencia de la Spes en la Tierra. En un tiempo no muy lejano nuestros esfuerzos unidos, nos permitirán instaurar en la Tierra la sociedad apacible que hemos logrado establecer en el mundo en que vivimos nosotros. Otras Clarapólis irán edificándose por vuestro universo, para el bienestar de la civilización sin diferencias de raza ni credo. Así sea y así será.

La mano de Carol Benson se deslizó en la diestra de Marc Ricart.

No eran simplemente dos enamorados corrientes y humanos. Eran además dos seres inmersos en un gran ideal.

Ayudar a conseguir la futura felicidad terrícola universal.

F I N



Una ventana abierta al futuro gracias al talento de unos autores de excepcional calidad

LA MEJOR COLECCION POPULAR DE

"CIENCIA-FICCION"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

{1} **IKOTRON.** Antiguo flash electrónico de cámaras fotográficas.